

# EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



## SUSCRICION PARA ESPAÑA.

**MADRID.** ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.  
**PROVINCIAS.** — 130 rs. — 36 rs. — 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,  
 y en casa de los corresponsales del Establecimiento tipográfico de  
 D. Francisco de P. Mellado.

1<sup>er</sup> Año. N<sup>o</sup> 7. — Marzo 22 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas a los dibujos y a la redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ, calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de España y América, a los Sres. A. Laplace y C<sup>a</sup>, calle de St. André des Arts, 47.

## SUSCRICION PARA AMÉRICA.

**ATLANTICO.** Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).

**PACIFICO.** ... — 55 • (11 ps.). — 30 fr. 6 p.

Se suscribe en Paris, calle St. André des Arts, 47.

**PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.**

Un año, 32 fr. — Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.



TEATRO IMPERIAL DE LA ÓPERA : *Pedro de Médicis* (tercer acto). — El juramento del *Campo-Santo*.

Ayuntamiento de Madrid



## CRONICA DE PARIS.

~~~~~ Un año hace ya que guardamos religiosamente la fé jurada; pero hé aquí que al fin el 15 de marzo nos viene á librar de esa penosa carga! Vamos pues al hecho.

Cierto notario de la calle del Bac nos ruega, el invierno anterior, que pasemos á su despacho, para un *negocio que nos concierne*. Desde que un amigo nuestro recibió un legado de doce mil francos de parte de una señora anciana, de las provincias, cuya larga y postrema enfermedad habia sido distraída y como divertida por las novelas y artículos literarios de aquél, no nos es dado desear la vaga y vanidosa esperanza de vernos algun dia favorecidos por un lote semejante! De modo que, en vista de aquella cita de un notario desconocido, imaginámos de repente cuántas cosas magníficas y deliciosas podría uno comprar en la sala pública de ventas moviliarias de la calle de Drouot, con el legado de un suscriptor divertido y agradecido. Ya nos estábamos representando pues los objetos adquiridos: — cuadros, estatuas, bronce, porcelanas, curiosidades de todo género — colocados en nuestro gabinete de trabajo, y capaces de inspirarnos nuevos esfuerzos para agradecer á otro suscriptor:

« — Caballero, — me dijo — es que usted es auténticamente usted mismo?

« — Sí, señor, no es posible serlo mas!

« — Es cierto, yo le reconozco á usted: el año pasado le ví en un baile, en casa de Luis Enault.

« — Es posible... caballero. Pero sírvase usted decirme á cuánto asciende mi herencia!

« — Que á cuánto asciende? Lo ignoro; trátase de un grueso rollo de papeles...

« — Yo me chanceaba, caballero. Pero es que realmente se trata de herencia?

« — A lo menos, trátase de un legado, de una manda. Hé aquí el hecho. En enero último falleció, en la calle de Sèvres, una señora anciana llamada Gottemberg. Un sobrino, á quien hicieron venir de Berlin, tomó posesion de los valores y de los muebles, importando todo, por estimacion legal, unos 230,000 francos. En el testamento se hallaban las líneas siguientes, que le conciernen á usted:

« Se entregará al caballero... etc... el rollo » de papeles cerrado y sellado con lacre verde, y con mi cifra, que lleva su nombre inscrito en el exterior. Le abrirá en su casa, y » se conformará con los deseos manifestados » en la carta inclusa. »

« — Si se hubiera tratado de valores, caballero, se le habria citado á usted al tiempo de dar lectura del testamento; mas como sólo se trataba de papeles, el heredero dispone sencillamente su remision á usted. Aquí tiene usted el rollo, sírvase darme recibo de él! »

Volvímonos á casa mas que depriesa, abrimos corriendo el rollo misterioso, y encontramos en él una carta encabezando un manuscrito. Esta carta decia así:

« Señor D. J. L. C., hoy 1º de diciembre » de 1858 cumpla sesenta y cinco años: toda » longevidad que vaya mas allá me perpetúa » en la escepcion. Por lo tanto, me he decidido á poner cierto orden definitivo en mis » negocios materiales y morales. Habiendo » tenido, hace ya unos diez años, la idea de » escribir las singulares aventuras de mi vida, » y habiendo consagrado á esta tarea tres inviernos, he creído que haria bien en legar á » usted mi manuscrito, en el cual me he esforzado por referir, bien ó mal, todo cuanto me ha sucedido en los diferentes géneros, cómico, triste y curioso, durante mi » vida! Acostumbro á leerle á usted desde hace » ya mucho tiempo, y tengo una fé ciega en » usted, porque al través del escritor, he podido muy bien traslucir al hombre. Le confío, pues, este manuscrito, que usted revisa-

» rá, haciendo en él cuantos cambios y alteraciones juzgare necesario hacer, con respecto á la forma, al estilo, y á las convenciones del tiempo, y publicándole despues » bajo este título:

LAS AVENTURAS DE UNA MUJER FEA  
Publicadas por J. L. C.

« Si usted lo cree útil, puede poner esta mi » carta por vía de prefacio, y referir cómo ha » llegado á sus manos este manuscrito. Desde » pues de lo cual, sólo me resta rogarle que » acepte mis deseos: es decir, que viva tanto » tiempo como yo, si, como supongo, la vida » le es agradable, y crea en la sinceridad de » una lectora reconocida que se despide de » usted para la eternidad.

» CARLOTA GOTTEMBERG. »

« P. D. — Es mi última voluntad prevenir » á usted que haga de suerte que no transpire ni una sola palabra acerca de esta manda, antes de « un año cumplido, á contar » del dia mismo en que le fuere confiado á » usted el depósito de ella. »

Hemos obedecido puntualmente. Lo único que podemos decir hoy es que la historia de esta *fea* es en el mas alto grado interesante, y que los deseos de la legataria quedarán plenamente satisfechos...

~~~~~ Véase, dias pasados, en la tienda de un joyero de la calle de la Paz, un objeto singular que provocaba la curiosidad en el mas alto grado. Consistia este objeto en un broche formado de un cuadrito oblongo, rodeado de diamantes de elevado precio. En el cuadro, cuyo fondo es de esmalte lapislázuli cubierto con un pequeño cristal, han colocado, qué? Un retrato? dirá el lector. — No! — Pelo? — Ni por pienso! — Diablos!... al fin, qué es? — Algo que es mas picante... — Decid? — Cuatro alfileres.... cuatro alfileres viejos de laton torcido y oxidado!

Así es que, cada cual quiso explicarse esta rareza. Nos dedicamos á indagar lo que esto significaba, y hé aquí lo que hemos sabido:

Hay en este momento en Paris un conde y una condesa. Su patria... no podemos nombrarla, ya veréis porqué! El conde se habia ocupado de política en otro tiempo mucho mas de lo que convenia al soberano excesivamente absoluto de esta innominada patria. Por este peligroso exceso el susodicho conde fué alzado una noche de su cama por cuatro estaferos, y arrojado en una cabañuela de cuatro ruedas, conducido en posta y trasportado... Dios, él y yo sabemos á donde.

Encerraron al desdichado en un calabozo mas negro que el alma de su perseguidor. Pasan dias, semanas y meses... y nada de jueces! El prisionero, así arrebatado á sus mas vivos afectos, á sus amigos, á sus intereses, sepultado en el silencio y la sombra, sintió muy pronto consumirse su cuerpo y estraviarse su razon. Tuvo miedo... miedo de sí mismo, mas todovía que de su soberano! y, aun bastante perspicaz para ver venir el espantoso peligro de esta soledad y de esta inmovilidad tenebrosa, quiso á todo trance defenderse contra este doble tormento, y hé aquí lo que inventó:

Registrado de los piés á la cabeza por los esbirros que le habian sepultado allí, el acaso quiso que se le quedasen en los vestidos *cuatro alfileres* que escaparon á las investigaciones de aquellos. Inspiráronle los alfileres la idea propia á conjurar la espantosa vacuidad ó la peligrosa fijeza de su pensamiento, en aquella soledad, aquella sombra, aquel silencio. No comprendéis, es verdad? qué partido puede sacar un pobre prisionero de Estado de cuatro alfileres? Pues bien, vais á verlo! Arrojárlos á la casualidad en su calabozo, y, una vez desparramados, se puso á buscarlos. Cuando los hubo encontrado, los lanzó aún... y siempre,

siempre, siempre lo mismo! Empleó con frecuencia, tres dias, sentado, de rodillas, postrado en tierra, antes de reunirlos de nuevo...

Este juego, este suplicio saludable duró... no se atreve uno á decirlo! duró seis años! Un gran suceso político devolvió repentinamente la libertad al preso. El conde no quiso abandonar su calabozo sin haber recogido estos instrumentos que le habian salvado la razon; y cuando entró en el triste hogar de su querida familia, hogar iluminado de repente con tanto regocijo; cuando se vió en medio de sus hijos, — á quienes habia dejado tan pequeños que no los reconoció sino con los ojos de su corazón! — refirió su tierna historia, y mostró, á todas aquellas miradas turbadas por las lágrimas, los cuatro alfileres á los cuales debia el haber conservado su razon... tal vez su vida! Su señora, tanto tiempo viuda, no por la muerte, sino por la política, se apoderó de ellos con mas ardor que el Papa Urbano II de los cuatro clavos de la verdadera cruz. Ahora bien, estos maravillosos alfileres, estos átomos de laton tantas veces perdidos y tantas veces hallados durante los seis mortales años del cautiverio mas desgarrador, son los que la condesa ha hecho colocar en un cuadro de diez mil francos de diamantes, para llevar esta extraña y tierna joya, con el fervor y la piedad del buen sacerdote que tiene en sus manos la custodia. No es esta una historia imprevista y tierna?

~~~~~ La señora Br... es la esposa de un empleadillo que ha hecho fortuna repentinamente en negocios de terrenos. Aquella ha montado su casa, y sobre todo su lagar, si puede emplearse la palabra *montar*, tratándose de un lagar. Dias pasados escribia á su mercader de vinos:

« Muy señor mio: Ruego á V. que me envíe doscientas botellas de vino de Champaña helado.. Adjunte V. la factura. Su servidora. »

~~~~~ Recibimos de una ciudad del mediodia la siguiente carta que acompaña á un libro viejo enteramente destrozado:

« Muy señor mio:

» Ha consagrado usted un buen artículo, » hace algunas semanas, al bueno del abate » L'Homond, á quien su ciudad natal va á » elevar una estatua. Le creo á usted tambien » aficionado á los autógrafos. Por este doble » motivo, pienso causarle á usted placer en » viándole un libro bastante curioso. Es una » de las obras clásicas mas esparcidas de » L'Homond, con un autógrafo del discípulo » al cual ha pertenecido este libro, á principios » de este siglo, cuyo discípulo ha llegado á » ser uno de los hombres importantes del mismo siglo.

» Acepte usted etc. »

El libro lleva por título: *De Viris illustribus urbis Romæ*. Se halla á la rústica, con lomo y escartivanas de pergamino amarillo y la pasta cubierta con papel jaspeado de verde, todo muy maltratado; el hilo que ataba las hojas se halla suelto en varios puntos; uno de los ángulos inferiores parece haber sido roído por un raton; en el plano exterior del forro, se vé una figura de matemáticas trazada con un compás, cuyas puntas han arañado el carton. Una gran T orlada y adornada figura en el lomo, en donde el título del libro se halla tambien con caracteres romanos. Se le abre, y sobre la guarda se presenta dibujada una horca en la cual se halla colgado uno de los antepasados de Débureau y de Pablo Legrand. Por bajo de la figura lee-se:

Aspice Pierrot pendu, (ahorcado.)  
Quia librum n'a pas rendu, (no ha devuelto.)  
Si librum reddidisset,  
Pierrot pendu non fuisset!

Dibujo y texto se hallan firmados:

LOUIS ADOLPHE THIERS, 1810.



En aquel entonces, el antiguo presidente del consejo, el ilustre historiador y hombre de Estado tenía trece años; era estudiante con plaza dotada en el colegio de Marsella.

El resto de la página se halla lleno de rasgos de pluma, de tentativas de croquis y de muñecos. Véase también el burlesco perfil de una especie de *prud'homme* anticipado, cuyas prominentes narices, tentaleadas, rectificadas, prueban, por los *arrepentimientos* de la pluma, un esmero de exactitud que releva el retrato: el de algún profesor sin duda! Todo tiene un aspecto que anuncia cierta facilidad precoz, y se puede decir que el gusto de las artes del dibujo se revela ya. En cuanto a la letra del joven propietario de este *De Viris*, letra que hemos comparado con autógrafos recientes de M. Thiers, encontramos una analogía que, manifestándose al través de las fechas, se revela sobre todo en la T de la firma. Cotejamos con el encabezamiento del volumen (el cual toma su lugar en el mismo anaquele en que se estrechan la *Historia de la Revolución*, y la del *Consulado y del Imperio*, cuyo último volumen se nos promete por fin!) cotejamos con el *Pierrot pendu* del libro del estudiante una hermosa carta autógrafa del ilustre autor, comprada el año pasado en casa de Charavay, — carta relativa a la elección de su amigo M. Mignet, como miembro de la Academia francesa, en la cual M. Thiers había entrado un año antes (1836). La comparación de estas dos autografías del estudiante y del académico-ministro, nos parece curiosa. Creemos que el tomo ofrecido de este modo en una buena venta, sería muy disputado por los aficionados a singularidades o curiosidades autográficas.

De algunos meses a esta parte, nos dirigen con frecuencia curiosas particularidades relativas a las personas que habiendo usurpado en otro tiempo títulos, partícula de, o nombres retumbantes, se ven hoy obligadas a deponer su postiza nobleza en el canasto de los desperdicios de papel que se halla debajo de la mesa de la *Comision de los sellos titulares*. Es indudable que gran número de estos hechos y de estas anécdotas suministrarían materiales asaz divertidos, — y bastante tristes también, — a las columnas de nuestra crónica; pero nosotros no podemos menos de retroceder ante el precipicio hacia el cual parece como que se nos quiere empujar, a fin de no hacer mal tercio a unas gentes, gran número de las cuales, es preciso confesar que, obrando así, lo hacían de buena fe, sin mas objeto que el muy cándido de ostentar ese lindo plumaje que las distinguía entre las groseras turbas de la plebe. *El Mundo ilustrado* se dirige a un número de lectores hartos considerable, para que entre ellos, — entre esos sus amigos desconocidos, — no se hallen algunas docenas, y aun algunas centenas tal vez, víctimas de la nueva ley; así que sería grande nuestra pena si llegáramos a arrojar tinta sobre la herida, todavía fresca y reciente, de su amor propio lacerado!

No obstante, como el hecho que hoy vamos a referir no puede ser aplicable a toda una serie de desolados, sino solamente a un caso particular de suprema ridiculez, dámosle aquí lugar, puesto que se nos ha designado el héroe o protagonista del drama, por su antiguo como por su nuevo nombre. Hé aquí pues la anécdota:

Hace ocho años, un joven que entonces contaba unos treinta de edad, vegetaba a la sombra del pequeño empleo que ejercía en una compañía de seguros. Llevaba sin embargo un nombre sonoro, y su escudo (que por cierto no tenía mas que este!) hallábase timbrado con una corona de marqués. No por esto dejaba él de comer bastante mal, a 32 sous, y de vestirse a precio fijo.

Cierta noche, una viuda muy opulenta, y no menos quadragenaria, que llevaba el nombre poco eufónico de Cabas (ó cosa parecida), hallábase en un teatro, donde vió que un anciano

a quién ella conoce hablaba con un moceton arrogante y barbudo. Aquella noche no perdió ella de la memoria el encuentro, y al día siguiente procedió a los informes. Dijéronla que aquel guapo joven era nada menos que el señor marqués de... tres estrellas, un mero empleado, etc.; y la señora hizo que se le presentaran en seguida... En resumen, seis meses después, la quadragenaria millonaria se casó con él. Vedlos ya pues a ella marquesa, — y a él rico! Dos personas que se completan la una por la otra!

Avezados los sirvientes, hace ya veinte y cinco años, a decir *madama Cabas*, cuéstaless un trabajo infinito el acostumbrarse al nuevo estado civil de la viuda. De modo que se hizo necesario adoptar medidas enérgicas. El nuevo amo de la casa llamó un día a sus criados, y al verlos ya a todos reunidos en el vestíbulo de su grande hôtel, dirigióles esta breve alocucion, que trasladamos íntegra, y sin enmienda:

« — Cuidado conmigo, y no hay que olvidar lo que voy a decir: Aquel ó aquella que, al hablar aquí a sus amos, ó al hablar fuera de aquí de estos mismos amos, no digere el señor marqués, ó la señora marquesa, será despedido en el término de veinte y cuatro horas! Ténganlo así entendido, vayan pues con Dios, y cuidadito con lo que se hace, ó lo que se dice, mas bien! »

A partir de este día, hicieron los criados rigurosamente lo mismo que se les había prescrito, con tanta eficacia, que ni la ex-viuda Cabas ni su esposo tuvieron ya el mas mínimo motivo de queja ó reclamacion sobre el particular: los títulos les fueron prodigados en cada ocasion y a cada palabra, títulos tan gruesos como un brazo, como dice cierto *Petit-Jean* racinista, que es el antecesor seudónimo del chistoso, juicioso, — y judicial colaborador de este tan variado periódico.

Los años van pasando, y no hay mujer que sea mas marquesa, ó mas *enmarquesada*, lo mismo en Burdeos que en Paris, que la que recibió tres buenos millones del señor Cabas, tratante en vinos del *Clos Pernon*, hombre y vino muy conocidos en gran número de fondas parisienses.

Pero hé aquí que un buen día (que nada tuvo él de bueno en verdad para nuestros marqués!) lánzase cierto decreto sobre las usurpaciones, ó mas bien, sobre las verificaciones de nombres, partículas y títulos. Ay! ay! ay!...

El desdichado marqués no había podido asegurarse su título en la compañía de seguros donde estuvo empleado! Llévabale, pues, con la confianza que da — para infinitas cosas a infinitas gentes, — cierta consagracion nacida del tiempo, y quizas también de la extension de este adagio cuasi-legal, que dice, por medio de un juego de palabras que nosotros no hemos inventado ni buscado tampoco: posesion equivale a título!

La comision creada para examinar los pergaminos ó las pretensiones a *inquirir*, demostró, desde su primera investigacion, al segundo esposo de la viuda Cabas, que no era tal marqués, ni tenía nada que ver con las tres estrellas que se había él colgado buenamente á guisa de ornamento ó decoracion, y que por lo tanto era preciso que volviese a recobrar de nuevo, inmediatamente, el verdadero nombre de su abuelo: es decir, algo como parecido a Martin, ó cosa equivalente, de lo cual se había él dado trazas a formar, abusiva y eufónicamente, primero *Martinière*, y después de la *Martinière*, y que así era de todo punto necesario que renunciase inmediatamente al marquesado que se había conquistado libremente el padre de nuestro hombre un día que cambió de domicilio y de pueblo. El secretario del implacable comité creyó conveniente informar a monsieur Martin de que toda insistencia en una usurpacion que, por mas que no haya tenido a él por autor personal, no por eso deja ella de constituirle un delito, podría acarrearle, primero una admonicion en los periódicos oficiales, y después una correccion y una

multa... hasta que, por último, en caso de reincidencia, le proporcionaria también algun encarceramiento. Qué caída!...

Al día siguiente, Martin y la viuda Cabas, intimidados y forzosamente resignados, reunian a sus mismos criados en el propio vestíbulo, y el consabido orador volvió a tomar la palabra.

Pero esta vez no se trataba ya de un golpe de música; pues todos los antiguos sostenidos se habían convertido en bemoles:

« Ah! bah! señores, — les dijo, — por razones que yo no necesito explicaros, aquél, ó aquella que, al hablar aquí a sus amos, ó fuera de aquí de sus mismos amos, se permitiere disfrazarlos con el título de marqués ó de marquesa, será despedido de esta casa en el término de veinte y cuatro horas? Queremos que se limiten a decirnos monsieur y madame, pues es nuestra voluntad el vivir, de hoy mas, sencillamente, a fin de no humillar a nuestros amigos! »

Qué buena escena es esta para una comedia de circunstancias!

Vendíase días pasados en el hotel Drouot un mueblaje completo de casa grande. Entre estos muebles, figuraba un inmenso y antiquísimo sillón de tapicería, que dejaba ya ver y aun caer las cerdas por los agujeros de todos sus cuatro costados.

Era este el mueble que había ocupado durante quince años una señora anciana, viuda y paralítica, rica y avara, por consiguiente en frias relaciones con su familia, y rodeada de jentes mercenarias. Medio-muerta salió ella ya de este sillón, para ir a acabar de morir en la cama; después de lo cual procedióse a esta venta en subasta.

Al tomar posesion de la herencia, los herederos habían estrañado mucho no hallar en el escritorio sino una muy corta suma de dinero; pues la señora tenía mas de 20,000 francos de renta anual, y apenas gastaba la cuarta parte. Creyóse, pues, que habría habido alguna defraudacion; pero, a falta de pruebas, resignáronse acerca del pasado, para entrar en el goce del porvenir.

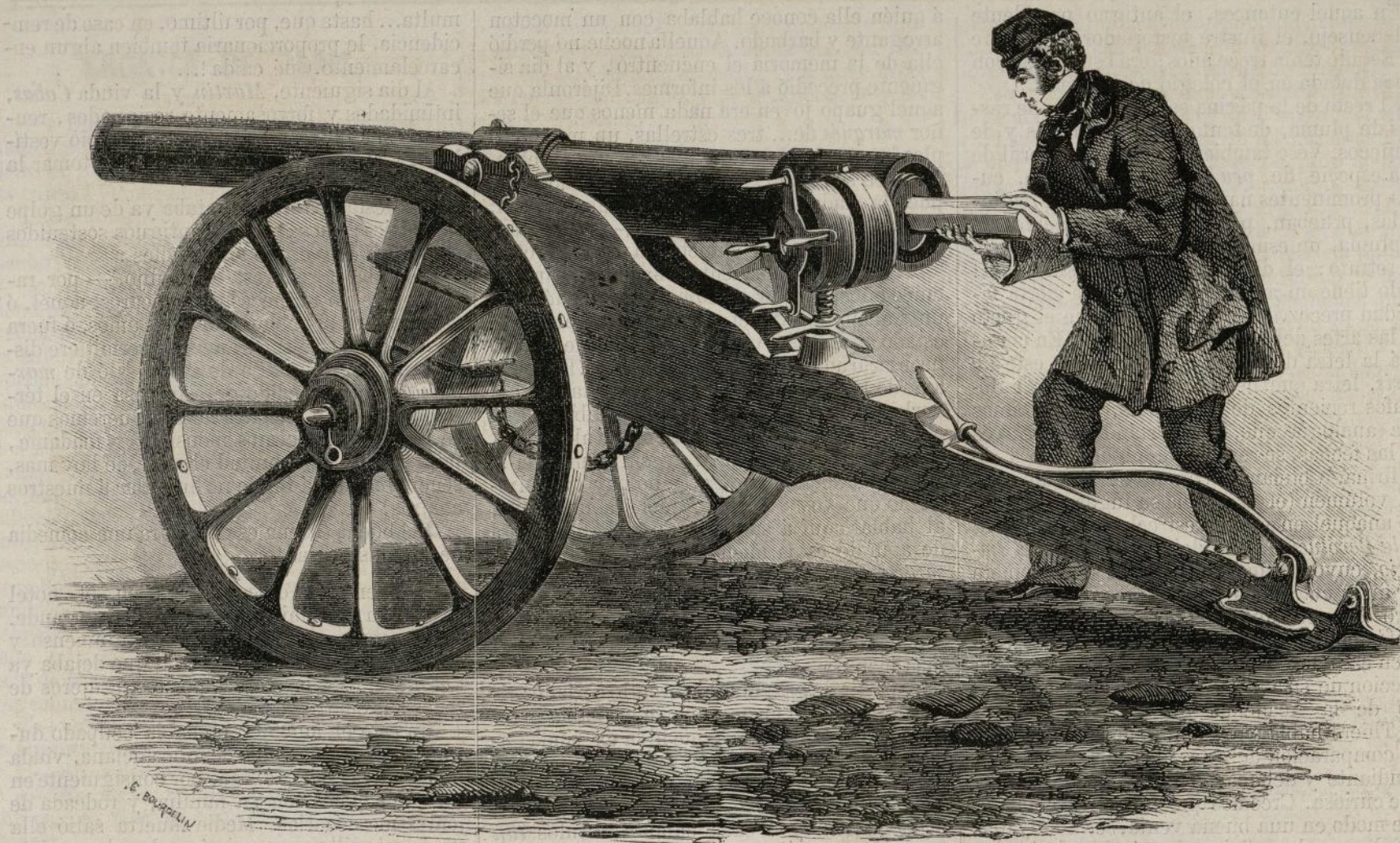
Una mañana llega a casa del sobrino y principal legatario de la difunta una mujer anciana, que había estado al servicio de aquella durante diez años, habiéndose despedido a consecuencia del mal trato de que era víctima por parte de la enferma. Sabiendo la muerte de su antigua ama, venia precisamente a dar algunas indicaciones acerca del uso que ésta hacia de las sumas que la traían con frecuencia; refiriendo que solia esconder el dinero en las bocas de fuego de un viejo calorifero inservible, empujándole hacia adentro con un palo. Corrieron al momento a la vivienda, aun deshabitada, y en efecto, encontraron allí unos 7,000 francos en oro, envueltos entre guantes viejos atados con hilos de lana. Pero donde estará el escondrijo principal? — se decian.

Este escondrijo no era otro que el viejo sillón en que la señora pasaba su vida. Aprovechándose de las aberturas que su largo uso había hecho en la tela que le servía de cubierta, y aun abriendo otras nuevas en los ángulos, por medio de unas tijeras, introducía entre la cerda espesa paquetitos de billetes de Banco y cartuchos de monedas de oro, segun que los iba recibiendo de sus inquilinos y arrendatarios. La antigua y fiel criada la había visto mil veces muy afanada en practicar sus ocultaciones, y rodeada de sus misteriosos tesoros. — El sillón! el sillón! — exclamó el heredero.

El dichoso sillón había sido vendido el martes último, — por 27 francos, — gracias a la cerda — en la sala de subastas moviliarias! Hicieron mil investigaciones... pero no pudo saberse a quién! Uno de los mozos del servicio recordó solamente que el que había comprado aquel mueble viejo se le había llevado él mismo, no sin grande trabajo y penosos esfuerzos, encima de su cabeza. Echadle galgos!..

JULES LECOMTE.





Nuevo cañón inglés de Whitworth, cuyo alcance es de ocho á diez kilómetros.

#### EL PADRE FÉLIX.

La biografía de un orador cristiano, de un religioso sobre todo, no data sino del día en que sus virtudes y su elocuencia han esparcido algun destello sobre su ministerio sagrado. El P. Félix, de la compañía de Jesús, nació, hace ocho años, en el púlpito de Nuestra Señora, que habia quedado vacante por el retiro del R. P. Lacordaire. Bajo el punto de vista mundano, aceptar la pesada sucesion del célebre dominicano hubiera sido un acto de presuncion; bajo el punto de vista religioso, fué un grande acto de humildad, del cual Dios ha recompensado al P. Félix con un éxito siempre en aumento, y con resultados de los cuales tiene que glorificarse su corazón de apóstol.

Aunque ha adoptado en sus conferencias la forma académica inaugurada por su predecesor, el P. Félix ha permanecido fiel á las tradiciones apostólicas

de su orden. Posee en igual grado el don de convertir á los pecadores y de convencer á los incrédulos. Como San Pablo, él arenga en el areópago y conmueve á la creyente muchedumbre. En el intervalo de dos cuaresmas, todo el



El R. P. Félix, predicador cuaresmal en Nuestra Señora de Paris.

tiempo que no consagra á preparar sus sabias disertaciones, empléale en evangelizar á las ciudades y villas de la provincia, y en predicaren el retiro de las comunidades, dejando por do quier un profundo recuerdo de su infatigable zelo. Es un

tando en nombre de Cristo las conquistas de la libertad humana, le bendice en nombre de las sociedades modernas, el otro exhuma del pié de la cruz la piedra incommovible sobre la cual descansa toda autoridad. En lugar de ver en este

obrero tal como los deseaba San Ignacio de Loyola, esparciendo con profusion la semilla de la palabra, no economizando nunca sus fuerzas en bien de las almas, y no contando el martirio sino como un simple deber de su profesion religiosa, prontos á partir para la China, si es necesario, al bajar del púlpito de Nuestra Señora. La orden de los jesuitas no tuvo nunca personificacion mas activa, mas honrada ni mas convicta. Si sus sermones de Nuestra Señora no han borrado la memoria del P. Lacordaire, han permanecido dignos del auditorio que, de veinte años á esta parte, tiene la laudable paciencia de proseguir la consonancia que existe entre las verdades sociales y los dogmas cristianos. Los dos ilustres predicadores habrán dado un ejemplo palpable de la libertad que deja la Iglesia á sus hijos en el dominio contingente de las generalidades políticas.

Quando el uno, exal-



esos lindos paisajes entrevis-  
tos por la ventana de una  
celda; pero la austera verdad  
recobra pronto sus derechos  
y el apóstol prosigue su pol-  
voroso camino.

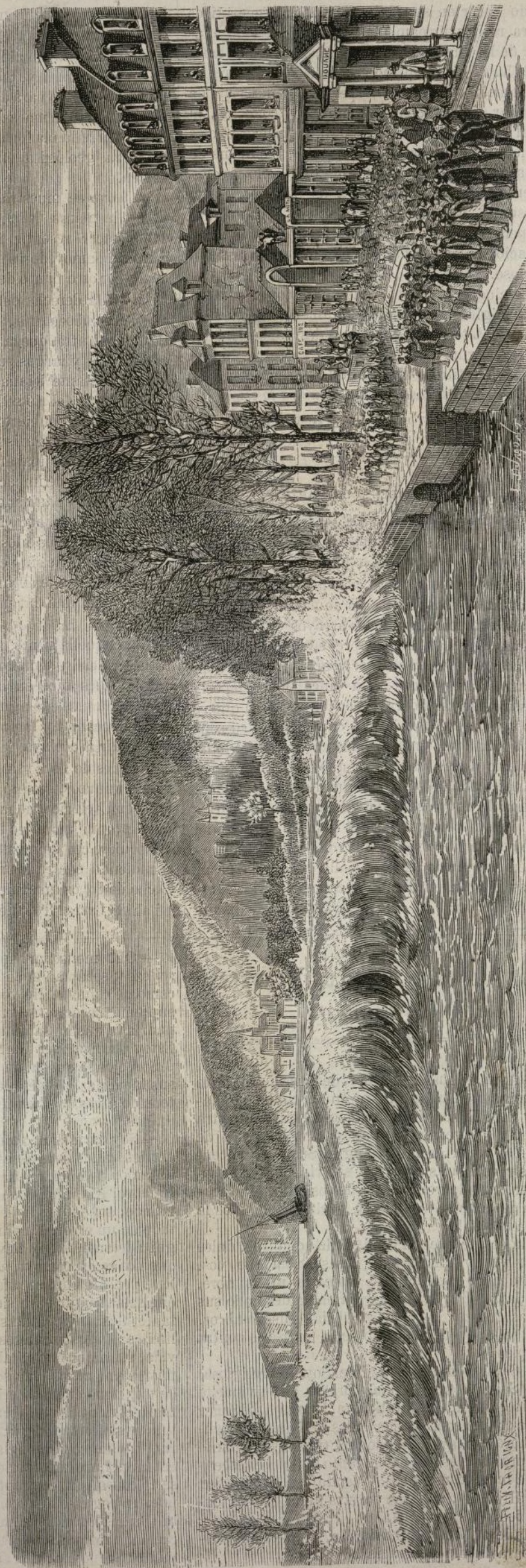
Ora se le discuta, ó bien se  
le admire, el P. Félix figu-  
rará siempre entre las indi-  
vidualidades notables de  
nuestro tiempo, y, con tal  
título, era digno de figurar  
en la galería imparcial del  
*Mundo Ilustrado*.

JOSÉ DOUCET.

GONDAR.

M. de Russell, encargado  
de una misión especial cerca  
del emperador de Abisinia,  
acaba de llegar con dos ofi-  
ciales de marina á un puerto  
vecino de Massoa. A la  
noticia de la llegada de

Vista de Gondar, capital de la Abisinia, á donde acaba de llegar una misión del gobierno francés.



Efecto de la marea del 9 de marzo sobre la barra del Sena, en Villequier.



contraste la oposicion de dos  
nobles espíritus, no es mas  
justo conside rarle como las  
dos fases correspondientes y  
armoniosas de una misma  
verdad? Han podido errar  
uno y otro en el terreno de  
las aplicaciones; las inteli-  
gencias mas luminosas tie-  
nen un cono de sombra;  
pero ambos habrán probado  
que, si el cristianismo ha  
producido las grandezas del  
pasado, vive tambien en las  
aspiraciones del presente.

El órgano del P. Félix ca-  
rece de amplitud y de sono-  
ridad; su ademan es vivo y  
acompañado á la exactitud  
del pensamiento y del calor  
reprimido de su estilo. Al-  
gunas veces su imaginacion,  
arrastrada por el interés del  
asunto, desborda el cuadro  
inflexible de una disertacion  
religiosa y entreabre risue-  
ños destellos de poesia, como



este diplomático, el emperador abisinio ha mandado hacer en su capital grandes preparativos para recibir dignamente al enviado del emperador de los Franceses, y á la cabeza de 1,500 hombres ha salido él mismo á recibir á M. de Russel.

Damos hoy en nuestro periódico una vista de Gondar, capital de aquel país poco conocido, al cual ha llegado el representante francés el mes de febrero anterior. Esta capital se compone de casas cubiertas de paja que dan asilo á cincuenta mil habitantes poco mas ó menos. Es de presumir que para honrar al enviado francés, el emperador de Abisinia habrá hecho restaurar su palacio, el cual se hallaba en un estado bastante ruinoso.

La ciudad es notable solamente por el número de sus iglesias que, respectivamente al número de sus habitantes, es bastante desproporcionado. Posee, segun se dice, cuarenta y cuatro, lo que ha hecho intitular á la capital del reino de Gondar *la Ciudad de las cuarenta y cuatro iglesias*.

MAC VERNOLL.

#### LA MAREA DEL 9 DE MARZO.

El 9 de marzo, los curiosos mejor informados se dirigian á millares á la desembocadura del Sena, entre Caudebec y Tancarville, con el objeto de asistir al fenómeno que la ciencia astronómica habia aplazado á hora fija para aquel dia.

La desembocadura de los arroyos ó de los rios se halla embarazada siempre, sea por las arenas que acarrea el mar, sea por la arcilla ú otras tierras arrastradas por el agua dulce. Estos depósitos son mas considerables en el punto en que es mas viva la lucha de las dos corrientes, y su conjunto forma una enorme capa cuya cima se halla en medio de las corrientes que ascienden ó que bajan de cada lado del rio. En el punto en el cual la capa de agua es menor que en las otras partes de la desembocadura, es mas sensible la lucha del flujo contra la corriente fluvial, pues que un volumen enorme de agua se halla obligado á pasar por este lugar, en donde el cauce del rio se encuentra elevado, y en que su capacidad, dismi-

nuida por consiguiente, obliga á la onda á subir bruscamente mucho mas allá de las aguas de la desembocadura.

Este depósito de aluviones sucesivos es lo que se llama la *barra* y, por estension, la misma palabra ha servido para designar el efecto producido por ella sobre la marea montante, es decir, que se llama barra la ola formada por la resistencia que la barra geológica ofrece á la ascension de la marea.

La barra se muestra todos los dias en Caudebec, y la marea del 9, la mas grande del siglo, debia hacer resentir necesariamente mejor sus efectos conmovedores en estos parajes que en cualquier otro punto del litoral.

La orilla derecha del Sena se halla dominada, en su desembocadura, por riscos escarpados y verticales, mientras que la orilla izquierda se estiende en llanuras y largos prados hasta el pié de unas colinas bastante lejanas. El muelle de Caudebec y las riberas del rio se hallaban, desde las nueve de la mañana, cubiertos de curiosos que habian ido de Ruan, de Paris y de las ciudades del litoral. Todos se agrupaban, bajo la impresion de un intenso frio y de impaciente curiosidad, unos en coches, otros en tabladitos; estos subian á los montones de piedras, aquellos trepaban á los árboles; los mas intrépidos ó los mas ignorantes permanecian en el muelle sin pedir al mas pequeño banco una proteccion de algunos centímetros contra la ola que iba á inundar probablemente hasta el paseo público.

Toda aquella gente, resfriada bajo una temperatura glacial y temblando de emocion, esperaba, con los ojos fijos en la alta mar, la aparicion de aquella masa de agua que, rechazada del medio del Oceano por la presion de la alta marea, debia refluir á la playa.

Después de hora y media de espera, á las diez y veinte minutos, se notó que se detenía la corriente del Sena, el rio luchaba contra el mar. Vióse muy pronto aparecer la ola en el remolino de Villequier, con su cresta coronada de espuma, y sacudiendo contra las riberas su gigantesco penacho de copos amarillentos. La barra! la barra! hé ahí la barra! Tal fué el grito general; pero la

última sílaba no se hallaba aun pronunciada cuando, precedida por un bramido terrible, una capa de agua, de tres metros de alto, avanzaba victoriosa sobre toda la anchura del Sena, empujando al lecho del rio sus aguas impotentes. Después de la barra venian, precipitándose tras ella, ocho á diez ondas vigorosas, las *virutas*, que subian con aquella la corriente.

El nivel del Sena se elevó muy pronto, y los buques que se hallaban en sus aguas, presentaban á la barra amenazadora su ancha proa, pues si la ola los hubiera sorprendido por el flanco, habrian podido correr grandes peligros.

Las playas que se hallan al pié de los riscos de la orilla derecha, totalmente destruidas, varios curiosos derribados en el muelle en el momento en que pasaba la ola gigantesca, árboles arrancados de las márgenes del Sena y arrastrados por la barra, manifiestan bastante la fuerza de este fenómeno tan interesante de observar.

LÉO DE BERNARD.

#### CAÑON WHITWORTH.

En 1859, fué conferido el título de caballero del reino-unido de la Gran-Bretaña y de la Irlanda á M. William Armstrong, como igualmente le fué remitida una recompensa pecuniaria, por haber inventado una pieza de artillería, á la cual largos y formales experimentos concedieron una superioridad incontestable sobre todos los instrumentos de guerra conocidos.

Una nueva invencion ocupa hoy á todos los hombres especiales de la Inglaterra. M. Whitworth ha comenzado ensayos que sorprenden tanto mas, cuanto que el principio de construccion de sus cañones es completamente nuevo, y los resultados conseguidos ya prometen superar á todos los que se conocen hasta hoy. No se vacila en proclamar las notables ventajas que poseen estas nuevas piezas sobre las de M. Armstrong. Los resultados que esperaban con impaciencia los cuerpos de artillería y de ingenieros han excedido á todas las esperanzas. La precision

### VELADAS EN CASA DE LA MARQUESA

#### TRES AVENTURAS.

(Conclusion. — Véanse nuestros números anteriores.)

— Ayer, repuso monseñor, después de un corto silencio, en el mismo lugar en el cual os hallabais arrodillada hace un momento, vino otra mujer y se prosternó llorando. Las lágrimas de aquella mujer eran de sangre. Sus ojos encendidos revelaban su locura y su crimen: pues esta mujer, mas desventurada que vos, hija mia, acababa de cometer un crimen, y el rayo de Dios la habia tocado!

Ella era de vuestra edad, bella como vos, dulce como vos, y mucho mas desesperada que vos. Ocultaba su sexo bajo el traje de un hombre, pero la rapidéz de su carrera habia desatado sus largas trenzas las cuales cubrian sus hombros. Me dijo, apoyando con violencia su frente contra mis piés:

— Castigadme! castigadme. Soy una religiosa!

— Se me comprimió el corazon al adivinar la horrible enfermedad de esta falta. Una hija del Señor habia errado sola por las calles de Paris, á aquellas horas de la noche y con tal traje! Pero cuanto mas profunda es una caída, tanto mas debe descender la mano consoladora y caritativa. Yo la dije:

— Hija mia, abridme vuestra alma, y Dios tendrá piedad de nosotros.

Ella levantó su cabeza llorosa, y juntó sus manos para darme las gracias.

— Oh! monseñor! murmuró en medio de sus sollozos; será tan grande la misericordia de Dios como mi crimen? He venido á vos como hacia el supremo socorro... Pero qué podeis vos?... Qué podria la misma cantidad del gefe de la Iglesia?... Estoy perdida! perdida!

Sus ojos se quedaban fijos; se habian agotado sus lágrimas. Toméla las manos como os las he tomado á vos, y la senté en el sitio en el cual os hallais.

— Soy carmelita, monseñor, prosiguió ella con el triste valor de la desesperacion. Un amor faláz, un amor de niña, me habia abierto las puertas del claustro. El dia mismo en que debia morir para el mundo, supe que mi determinacion era el resultado de un error. Ya era demasiado tarde; proseguí adelante, pero llevé un pesar bajo ese velo que nos rodea como una mortaja. Era yo amada! Este pensamiento se aferró á mí como el veneno que debia matar para siempre mi reposo. No obstante, tenia fé, y la misericordia divina no tiene límites. En los primeros instantes de mi nueva vida, sentí que me hallaba resguardada contra mí misma por una fuerza sobrenatural; en derredor de mí, como en mi interior, todo callaba; esperaba el olvido; pedíale fervorosamente á Dios á título de suprema gracia; hice aun mas: abrí enteramente mi corazon á la santa que era en aquel entonces nuestra superiora. Me dijo que orara y seria consolada. Sin contravenir á la severidad de nuestra regla, ella encontró medios de colocar sobre mi herida el bálsamo de su bondad; cobróme cariño, á mí que era la mas indigna; llegó á tal punto, que ¡ay de mí! su caridad me acarreó ri-

vales y enemigas. La virtuosa prelada murió y fué reemplazada por una de las que habian dicho, muy á menudo, que yo era una favorita. Es que por ventura, Dios que nos defiende en los grandes peligros y contra las grandes pasiones, nos abandona cuando no se trata mas que de miserables tentaciones, hijas de la envidia y de la cólera? Nuestra nueva superiora se mostró severa para conmigo, que vacilaba aun y á quien el demonio venia á tentar en el fondo mismo de mi celda. En vez del tierno apoyo que me habia ofrecido la santa, encontré palabras frias, ó un silencio mas implacable que las palabras. Mi corazon, desfalleciente hasta la agonía, se cerró á la esperanza de la salud eterna, y se abrió á las tentaciones terribles y carías del exterior.

Monseñor, nos hallamos muertas en el claustro, y sin embargo el mármol de aquella tumba es un antemural insuficiente contra el poderío del mal. He podido escaparme del claustro, segun estais viendo, pues que me hallo postrada á vuestras plantas; cuando murió mi bien aventurada protectora, ya habia yo recibido dos cartas de afuera. De qué modo? es un misterio. Habíalas encontrado ambas en mi libro de oraciones. No las habia leído, pero no las habia quemado; ellas se hallaban tambien en una tumba, sepultadas bajo un ladrillo de mi celda.

Una mañana que me hallaba abatida y desanimada, abrí mi libro en la letanía de la Virgen, con el fin de implorar á la consoladora de los afligidos. Encontré una miniatura entre las dos páginas de la letanía. Era el retrato de Enrique, de Enrique á quien habia yo amado tanto! Hallábase pintado



del tiro y el alcance obtenidos con muy pequeña carga de pólvora, han sido tales, que evidentemente el cañon Whithworth parece llamado á hacer una revolucion en la ciencia de la balística.

La seccion del alma del cañon Whitworth es un hexágono cuyos ángulos estan lijeraente redondeados, y el desarrollo es una espiral hueca y poligona. La longitud del *paso* de la espiral depende del diámetro del alma, y está fijamente en relacion con la longitud del proyectil. Segun el principio establecido par M. Whithworth, se compensa la inestabilidad de los proyectiles largos, con la rapidez de sus revoluciones.

En este sistema, las piezas se cargan por la culata; son de una construccion estremadamente sencilla y se las maneja con una grande facilidad.

La pieza se compone de un tubo rayado desde la boca hasta el fondo del alma. La culata está cerrada por una especie de capacetete dando vuelta en un collar fijo al cañon por una charnela. Estando abierto el capacetete, se baja sobre el exterior del cañon de modo que se destape completamente el orificio de la culata, y luego que la pieza está cargada, la tapa ó capacetete viene á cubrir la abertura; y unas estrias que lleva interiormente envuelven por un registro la estremidad de la culata cuyo interior afecta la forma de tornillo. Tiene la gran ventaja este sistema de que permite rayar toda el alma del cañon sin obligar á que se deje una cámara para la carga.

La descripcion de las maniobras ejecutadas para la carga y disparo de la pieza hará comprender la accion del aparato de la culata. Al volver la manecilla adaptada al capuchon, la tapa enroscada en el collar se divide y da vuelta sobre su charnela. El alma del cañon queda entonces libre de un extremo al otro. Se coloca el proyectil en la pieza, detrás de éste se coloca el cartucho, se baja el capuchon y dando algunas vueltas á la manecilla asegura, la tapa ó capacetete sobre la culata. El oido lo tiene detrás; la mecha ordinaria, por frotacion, comunica el fuego á la carga.

M. Whitworth da una forma distinta á los proyectiles que emplea; las formas de estos varian segun el efecto que se quiere producir. No están, como los proyectiles Armstrong, cubiertos de una

capa de metal diferente del que se compone el proyectil, su composicion es homogénea. La pieza y la bala están construidas de manera que las superficies que deben estar en contacto coinciden perfectamente entre sí; de suerte que la direccion helizoidal es el resultado de una perfecta construccion.

Los proyectiles huecos son empleados contra la mamposteria y contra las sustancias poco resistentes. Para vencer la tenacidad de las planchas de hierro forjado, como por ejemplo el de que las cañoneras estan revestidas, se emplean los proyectiles de cabeza plana, y cuando han de ir á grande distancia, se da á la cabeza del proyectil una forma cónica y la cola lleva un cono correspondiente al de la cabeza, escepto que la estremidad posterior va lijeraente aplastada. La práctica prueba cada dia mas que es importante establecer buenas proporciones entre la forma y el peso de las dos estremidades, anterior y posterior, del proyectil. Se ha notado que un proyectil en el cual se habian llenado estas condiciones, ganaba un 25 por 100 de alcance á otro cuya estremidad posterior tenia la forma cilíndrica ordinaria.

El cartucho del cañon Whitworth es una caja de hoja de lata que encierra la carga de pólvora, y su forma está calculada para adaptarse exactamente al alma del cañon. La parte posterior de esta caja tiene un agujero en el centro que corresponde exactamente al oido, á fin de poner la explosion de la mecha en comunicacion con la pólvora. La cabeza de la caja está guarnecida de una estopa impregnada de materia grasosa, de modo que, por medio de la explosion, dicha materia fundida se reparte por toda la superficie interior del tubo, dispensando á éste de la necesidad de ser escobillonado. La caja que encierra la pólvora queda despues de la explosion en el interior del alma, de donde se la retira tan luego como el capuchon está abierto.

Las esperiencias que se acaban de hacer en Inglaterra de la nueva pieza de artilleria, han tenido lugar en Southport, cerca de Liverpool, las playas que rodean este pueblo ofrecen las mejores condiciones de estension para ensayos de esta naturaleza. Se han probado los cañones de 3, 12 y 18 li-

bras, montados sobre cureñas particulares, y piezas de 70 á 100 libras, montadas sobre cureñas marítimas ordinarias. Nuestro grabado representa la pieza de 12. La pieza de 3 es un tubo largo y delgado que no pesa mas que unas 200 libras próximamente, y á pesar de su lijereza y de la pequenez de sus formas, este cañon es un instrumento terrible, capaz de llevar la muerte y la destruccion á mas de ocho kilómetros de distancia, con una pequeña carga de pólvora.

Para demostrar cómo la direccion helizoidal está dada al proyectil segun el tamaño del paso de la espiral, se empleó la pieza de 80. Se cargó con 250 gramos de pólvora y un proyectil cónico del peso de 90 libras. La pequenez de esta carga podria apenas, en una pieza ordinaria, conmovier este pedazo de hierro; con el cañon Whitworth, la masa salió de la pieza, con una débil velocidad que permitió oir un ruido particular producido por la revolucion del proyectil hendiendo el aire, y fué á caer á 650 metros de distancia, rebotó á una altura considerable y fué á perderse en el mar.

La pieza de 12, ensayada en seguida, dió los resultados mas satisfactorios sobre la precision de su tiro. Ha sido experimentada á mil metros. Una vez apuntada esta pieza, se hicieron diez disparos, cuyos dos primeros no debian contarse. Sin embargo, el segundo tiro tocó al blanco; en cuanto á los ocho disparos que siguieron, todos dieron en medio del blanco, en un espacio de cuatro pies ingleses, cuadrados, que parecia, á esta distancia, la dimension de la cabeza de un hombre. La carga era de 870 gramos de pólvora; la fuerza y la velocidad de la bala parecieron enormes. La línea del tiro era poco elevada. Las balas que atravesaban el blanco, lejos de perder su fuerza de impulsión, rozaban la arena en el espacio de 2,000 metros, próximamente, despues rebotaban de 200 en 200 metros, siempre en la misma direccion, é iban á enterrarse, en fin, á una distancia de cerca de 6 kilómetros. La constante desviacion hácia la derecha resultaba de que, los que manejaban el cañon no tenian en cuenta la accion del viento que venia por ráfagas de la izquierda y cruzaba la línea del tiro.

En todas estas esperiencias se tenia cuidado de

á la manera de las imágenes ascéticas; su pecho abierto mostraba su corazon, y en su corazon ostentaba serodeado de una aureola el nombre de María.

No era éste el nombre de la madre de Dios, era el mio. Oculté con mi mano aquella sonrisa tentadora, la vi no obstante al través de mi mano; cerré el libro y aparecióseme aun al través del libro. Arrojáme de hinojos: mi voz que queria pronunciar una plegaria, no dejaba articular mas que una palabra entre mis sollozos: Enrique! Enrique!..

Monseñor, carecia ya del alma de nuestra santa madre para verter en ella el escedente de mis angustias. Cuando cesa de ser protectora, la soledad se convierte en consejera del mal. Aquel retrato llenaba mi celda; Dios se habia retirado de ella, dejando libre el campo al infierno. Levanté el ladrillo; leí las dos cartas: me enardecieron como un fuego. Desde aquel momento, estaba yo perdida: amaba y no me prohibia ya á mi misma el amar! Sepulté mi escapulario en lugar de las cartas, y, en lugar del escapulario, llevé las cartas y el retrato sobre mi corazon. Pasaron tres dias. En el pedazo de pan que se me sirvió el cuarto dia, que era ayer... — y cuántas cosas, gran Dios! han pasado desde ayer! — encontré un pequeño papel en el cual leí: « *La manzana caída, bajo el tercer manzano, á la derecha.* » Hacia buen tiempo; fuimos á pasearnos al jardin. Levanté la manzana, la cual estaba pesada. Contenia veinte monedas de oro y una carta. Las veinte monedas estaban destinadas á la persona que debia facilitar mi huida. La carta me decia que bajo mi banco del coro encontraria unos vestidos de hombre; me daba además las instrucciones que debia se-

guir. No vacilé un solo instante, monseñor, y recuerdo que me sonreí bajo el velo al mirar á nuestra madre superiora, de quien iba á vengarme.

En el coro, no me atreví á mirar bajo mi banco; pero, despues de la salutacion, hice de manera que pude quedarme la última, y me oculté detrás de la puerta, la cual fué cerrada. Esperé un momento, con el corazon oprimido por el temor y por la esperanza, despues me lancé hácia mi banco, y encontré debajo un paquete que contenia los vestidos que llevo. Hice mi sacrilego tocado en el lugar santo. Llegaba la noche: era la hora indicada en la carta. Deslicé mi hábito de religiosa bajo el banco, y salí. En el corredor, me encontré con una hermana lega cuyo rostro desaparecia bajo la sombra de su toca. Dirijíme hácia ella resueltamente, y le tendí mi mano llena de oro. Ella tomó el oro y lo contó, despues me dijo: « Al pasar cerca del torno, gritaréis con desenvoltura: *Caballero d'Ailly*; y seguidme! » Dos minutos despues, me hallaba en la calle; una capa era arrojada á mis hombros, y dos brazos trémulos me llevaban hasta el estribo de una carroza...

— Monseñor, Enrique queria partir al momento para Namur, pues él tenia pudor, y el escándalo le causaba pavor; pero yo... Oh! es muy cierto que pesa una maldicion sobre el alma que viola un voto! El vuelo que es preciso tomar para salvar el abismo providencial que nos separa del mal, nos arrastra mas allá del margen opuesto, haciéndonos bajar al mismo tiempo todos los grados de la perdicion. Yo fuí, pues me hallaba enajenada y loca, quien pedí que nos quedáramos en Paris; yo quien quiso la orgia insensata y com-

pleta de impiedad! yo quien exigió una fiesta de locura para celebrar lo que yo llamaba mi emancipacion! yo fuí, oh monseñor! quien esclamá, tan cerca de mi cláustro en el cual dejaba mi juramento violado con mi perjurio: Quiero ir á la Ópera!..

Aquí, fué cortada la voz de la religiosa por sus sollozos, y, víme obligado, dijo el arzobispo, yo cuyo corazon se hallaba triste y lacerado, á encontrar una sonrisa para conjurar sus angustias y su espanto. El infierno se hallaba al rededor de esta alma; veíalo bien y vigilaba: el infierno que el mundo llama la desesperacion.

— No sé ya..., repuso ella jadeante y con las sienes empapadas de glacial sudor. Yo que salia de mi soledad, entré con la frente descubierta, los ojos levantados, en aquella casa de placeres mundanos. Las luces me aturdieron, la muchedumbre me exaltó, la música redobló mi enajenamiento. Vagaba yo en aquella atmósfera de luces y de canto. No sé, lo repito, no sé cómo pasó el tiempo. Tenia allí el mas deslumbrador, el mas fantástico ensueño; escuchaba á Enrique que me hablaba de amor... Desperté por el estampido de un rayo!

Un mosquetero vino á sentarse á mi lado y me tocó insolentemente la barba. Habia adivinado mi sexo bajo mi disfraz. Vi á Enrique levantarse pálido de cólera, y su mano sonó sobre la megilla del mosquetero. Salieron del teatro en medio de un gran murmullo. Quise seguirlos; pero perdí mucho tiempo antes de poder atravesar la muchedumbre. Cuando llegué al peristilo, el rumor me sirvió de guía; me lancé á la calle y oí el choque de las espadas; mis rodillas se doblaban, pero continué corriendo, con los brazos extendidos,





Trompeta.

Cosaco.

Musulman.

Circasiano.

Lesghitano.

Tipos y uniformes de la escolta particular del emperador de Rusia.



Desfile, delante del emperador de Rusia, de su escolta particular.





El Carnaval de Milan, — segunda jornada de los *Confetti* y de los *Coriando*, en el Corso de Victor-Manuel.



la derivación del proyectil, derivación debida á la rotación al rededor de su eje que hacia desviar al proyectil á derecha ó izquierda segun el sentido de esta rotación.

El ángulo del tiro era de un grado 28 minutos, el retroceso apenas sensible, y el ruido de la explosión muy débil, en comparación con el de una pieza ordinaria. Un hombre solo hacia el servicio del cañon y retiraba despues de cada disparo la caja de la pólvora con la tenaza. No se escobillonaba la pieza.

Las experiencias que se han hecho despues de los primeros ensayos han dado resultados aun mas sorprendentes. Estas se han verificado con el cañon de 3. La longitud de este cañon es de 6 pies ingleses, su peso de 208 libras, su diámetro interior de pulgada y media. Se ha tirado bajo un ángulo de 35 grados, con una carga de pólvora de 248 gramos, la pieza apuntaba á un blanco que los mejores anteojos no podian aperebir. El primer disparo tocó tierra á diez mil metros y á treinta y cinco de la línea de dirección. Los disparos que siguieron se inclinaron todos á la derecha, en la imposibilidad en que se estaba de hacer saber á los que manejaban la pieza que se habia perdido la dirección. Se hizo otra experiencia á una elevación de 20 grados que dió los resultados mas extraordinarios que ha podido jamás dar la artillería. Los disparos llegaban á diez y seis mil metros próximamente, y no se apartaban mas de tres ó cuatro metros de la línea de dirección.

Si el espacio nos permitiera publicar aquí los cuadros de las experiencias, se veria que el primer disparo bajo cada ángulo de tiro va mas lejos que los otros, y que cada uno de los que siguen va en una progresión descendente y casi regular.

La última experiencia ha sido la del cañon de 80, y se le ha reconocido una superioridad de alcance de 650 metros sobre el cañon de 70 de Armstrong.

El ruido que se hace con motivo de las experiencias de M. Whitworth sobre su nueva artillería parece haber estimulado á todos los inventores ingleses. Se leen con respecto á esto, en varios periódicos de la Gran-Bretaña, anuncios de espe-

riencias hechas por el comendador Scott, de la marina Real, de un nuevo cañon inventado por él, del cual esperaba resultados extraordinarios. El cañon Armstrong ha sido un paso gigantesco en la ciencia de la artillería. Las experiencias que acaban de hacerse prueban que no se debe pues considerarle como el término de sus esfuerzos; y el cañon Whitworth mismo, á pesar de su inmensa superioridad sobre los otros, será quizá superado dentro de poco tiempo.

EMILE BOURDELIN.

#### ESCOLTA PARTICULAR DEL EMPERADOR DE RUSIA.

En las grandes circunstancias y en las revistas solemnes el emperador de Rusia va acompañado de una escolta cuyos tipos principales ofrecemos hoy á nuestros lectores.

Habitualmente el czar sale solo, y cuando en un sencillo droski, vestido con su gorra y su capote gris de simple oficial, recorre la perspectiva de Newski ó los muelles del Neva, el extranjero que se halla de paso en San Petersburgo no puede reconocer al amo de todas las Rusias mas que por los saludos de los transeuntes y por las genuflexiones de los mougiiks, quienes se prosternan con la cabeza sobre la tierra y se levantan considerando dichosos para largo tiempo por haberse encontrado con su emperador.

Jamás osaría nadie parar al czar ó dirigirle la palabra en sus paseos al través de la ciudad de Pedro el Grande: los agentes de policía castigarían inmediatamente al que se permitiera la menor infracción de la etiqueta moscovita. Se refiere á propósito de esto un lance bastante curioso ocurrido entre Nicolas I<sup>o</sup> y el actor Leménil. Un dia, el emperador, que tenia gran predilección por los cómicos que la Rusia ha quitado á la Francia, encontró á Leménil. Paró el czar su droski é hizo señas al actor para que se acercara: hizolo así, y el monarca cumplimentó al artista por la manera como habia trabajado el dia anterior en el teatro de verano. Mas apenas el emperador se alejó, cuando los agentes se apoderaron del actor y

quisieron llevarle á la policía por haber detenido al soberano en el paseo. Leménil, aunque con grande trabajo, pudo hacerles comprender que el emperador era el que le habia llamado. Algunos dias despues, volvió Nicolas á encontrar al actor é hizole señas para que se le acercase; éste esperaba que el soberano reiterara sus invitaciones antes de obedecer, y como el czar se impacientara de la poca prisa que el actor se daba para obedecerle: « Dispensadme, señor, dijo el actor, mas V. M. me compromete. » Leménil refirió entonces al czar lo que le habia ocurrido la primera vez que fué honrado por la atención imperial. Hizo mucha gracia al czar la réplica del cómico, y le envió al dia siguiente una hermosa esmeralda para que se consolase de su desventura.

Masi ordinariamente el czar va por decirlo así, con una sencillez patriarcal, en las fiestas y en las solemnidades es otra cosa, y refiriéndonos sólo á la escolta que le acompaña, diremos que los tipos de los hombres que la componen, el lujo de las armas, la armonía brillante de los colores de sus uniformes, los arneses de los caballos, todo contribuye á hacer de aquellos soldados una tropa distinguida y de las mas pintorescas.

Compuesta de *Circasianos*, de *Lesghistanos*, de *Musulmanes* y de *Cosacos de las fronteras del Caucasos*, esta escolta forma cuatro escuadrones que son los que comienzan habitualmente en las grandes revistas el desfile, y pasan como el relámpago delante de S. M. arrojando formidables hurras, y recordando de esta manera la fantasía árabe.

Su destreza y su flexibilidad á caballo, unidas á la aplicación de las maniobras regulares, hacen á esta tropa temible, principalmente cuando persigue á su enemigo. Sin embargo, fué preciso, el año 1849, en Hungría, hacerlos pasar á retaguardia, porque renovaron la vieja costumbre de los Orientales de cortar las cabezas á sus enemigos, comprometiendo así la reputación de la disciplina y humanidad del ejército ruso.

Montan en caballos de poca alzada, con las crines tendidas, y monturas diversas, y no se comprenderia por su modesta apariencia el fuego y el vigor que animan á estos animales una vez empeñado el combate. Con piés tan firmes como

dando gritos como una insensata. El mosquetero y Enrique se batian bajo un reverbero. Vi la espada del mosquetero atravesar el pecho de Enrique, y éste cayó en tierra. Vacilé sobre su cuerpo y caí sobre él. El acero le habia atravesado el corazon, el cual ya no latía.

Monseñor, continuó la religiosa sin detenerse en esta terrible peripecia, y como si el horror de este recuerdo le hubiese dado al contrario una fuerza extraña, la espada que postraba yerto á Enrique mataba del mismo golpe mi demencia y mi embriaguez. La mano de Dios lo habia guiado todo. — Porqué el rayo, sin embargo, pasaba cerca de mí, hiriendo al menos criminal y dejándome ileso, á mí, la verdadera culpable? — Mi voto, violado como se hallaba, permanecia para mí como un escudo protector?

Ví en aquel momento á mi voto como una arca á la cual nada puede romper, ni aun el crimen, y en el que yacia en tierra, es decir, en Enrique, á quien habia amado tanto, ví al hombre que toca al arca de la alianza, y que, como el levita Osa, cae al instante aterrado por el rayo!

Ah! sé que el mundo me diria: Mujer sin corazon en el crimen, despues de haber sido sin fé en la religion, no amabas! El rayo anonadaba á tu placer cerca de tí, y, como no tenias que hacer con un cadáver, te apartaste de él! Abandonaste al muerto, mujer dos veces perjura! mujer dos veces egoista, desgarraste ese contrato criminal como habias lacerado poco antes el divino pacto, — y Dios te maldice dos veces! No es verdad? el mundo no conoce la gracia que se halla bajo el voto. El mundo no comprende que Dios se halla

comprometido también en el matrimonio celeste... Imponedme silencio, monseñor, pues abogo contra mi voluntad por mi causa perdida, y la locura me vuelve quizás, pues que me creo siempre la esposa de Jesucristo!...

— Sus ojos se hallaban fijos sobre mí, dijo interrumpiéndose el arzobispo. Algunos destellos traspasaban la sombría espresion de su rostro. Esta mujer se hallaba delante de mí como el reflejo visible de una lucha entre el cielo y el infierno...

— Sí, prosiguió ella con voz lenta, abandoné á Enrique y dejé su cadáver sobre las piedras. Un minuto antes, habria dado mil veces mi vida por él. Me aparté de aquel lugar, buscando una iglesia abierta, pues queria dar gracias á Dios por haber puesto entre nosotros dos la barrera de la muerte, antes que el crimen, completo en el pensamiento, tuviese en el hecho su sacrilega sancion; pues queria orar por Enrique, quien no tenia ya necesidad mas que de oraciones, y clamar por él misericordia desde el fondo mismo de mi indignidad. Las iglesias se hallaban cerradas. Me arrodillé en el atrio de San-Germain l'Auxerrois, y vertí mis lágrimas sobre las losas. Ahora, ya no lloro.

Y me encaminé hácia vuestra casa, hácia vos que sois el maestro y el padre; Dios muestra á la oveja descarriada el camino que conduce á casa del pastor. Monseñor, no puedo entrar en mi claustro, cuya puerta me esta prohibida como á todos, y no puedo permanecer fuera de mi claustro, en donde se halla mi puesto y mi voto. No sé como podré salvarme, pero eso no me concierne,

pues que me hallo prosternada ante V. I. diciendo: Salvadme!

Aquí guardó silencio la religiosa. Yo me tenia la cabeza entre las manos, continuó el santo arzobispo, recogido en mí mismo y pidiendo consejo al que solo es nuestro guia en el laberinto de la vida mortal. No me cabia duda en saber si era necesario salvar á esta mujer; siempre es necesario salvar. Buscaba solamente un medio de salvación, y no lo encontraba. Como forzar la puerta de aquella casa amurallada? De qué modo evitar el escándalo que mata con mas seguridad que el crimen mismo?

Ella interpretó mal mi silencio, y oí su voz apagada que murmuraba:

— Piedad, monseñor, tened piedad de mí!

Despues, con repentina violencia:

— Sabeis que una religiosa fuera de su convento no tiene refugio sobre la tierra. No le quedan mas que dos puertas abiertas, una que conduce á las últimas profundidades del vicio, y la otra al supremo límite del crimen. Ministro de Dios, devolvedme á Dios para defenderme contra la vergüenza ó contra el suicidio!

Miré la péndola de mi gabinete; era la una de la mañana: llamé, y mandé enganchar los caballos. La religiosa no me interrogó: villa sumisa y pasiva. La hice subir conmigo en mi carroza.

— Al convento de las Carmelitas, dije al cochero.

En el camino, ni una palabra fué pronunciada entre nosotros. Bajé solo á la puerta del convento y llamé. Pasó algun tiempo antes de que me abrieran. La tornera se presentó por fin en el torno, y preguntó, con voz irritada, porqué se tur-



los mulos, saltan como perros los precipicios que cortan en ciertos parages los senderos estrechos de las montañas, en donde se halla el ginete enredado con frecuencia, sin que le sea posible retroceder. Estos son los únicos que, durante el invierno, no maniobran en San Petersburgo ó en Moscu.

El unirlos, sin comprender las armas, cuesta á los cuerpos 500 rublos de plata, ó sean 2,000 francos por cada simple soldado de esta caballería.

Las armas, que les pertenecen, son la pistola, el fusil, el sable y el puñal, herencia que se conserva en las familias, las cuales no las enagenarían á ningún precio. En campaña, el Estado los provee de un fusil de cañon rayado.

Las bridas de sus caballos van ornadas de piecitas que penden en manojos cerca de las orejas. La grupa, cubierta de ricos tapices de Persia, completa el ajez, que es de los mas ricos y de los mas hermosos.

DEL TINOFF.

## EL CARNAVAL EN MILAN.

Los Coriandoli.

En Paris, termina el carnaval el miércoles de ceniza; se le sepulta en Milan, el domingo siguiente, en virtud de no sé qué privilegio, con una brillante exhibición de tocados, carruages, libreas y caballos, de manera que la capital de la Lombardía verifica su peregrinación de Longchamps el primer día de cuaresma.

El jueves y sábado anteriores hemos tenido los dos días de los *coriandoli*, orgías carnales tan queridas de los Italianos. Los *coriandoli* son simplemente unas bolitas de yeso que afectan la forma de pequeños confites cuyo tamaño se halla limitado por un reglamento de policía, y que han reemplazado á los *confetti*, compuestos antaño de azúcar y de almidón.

Desde las dos de la tarde, bandas de enmascarados, montados en carretelas y en carros empavesados, armados de grandes cucharas de madera y con abundantes provisiones de *coriandoli*, provocan luchas homéricas con los balcones. Cada

cual se halla instalado delante de su monton: llega un momento en que esta lucha es un delirio, las cucharas no son ya suficientes; es necesario deramar los canastos, los sacos; se arrojarían mil libras á la vez si fuera posible. Un hombre que se respeta debe haber lanzado al fin de la jornada cuatro ó cinco mil libras de yeso á las barbas de su prójimo; todos entran en juego, desde el que se halla en la primera hasta la última grada de la escala social. En el *Corso*, era imposible pasar por delante de las casas consistoriales, suntuoso edificio cuyo primer piso se hallaba ocupado por el cuerpo diplomático. Al embajador de Turquía no le bastaban los dos brazos para cubrir con yeso á los enemigos de la media luna. Aun las mismas señoras no van con mano queda: cierta encumbrada dama que habia lanzado unas diez mil libras de este horrendo confite, ha tenido que acostarse á las cinco para descansar su fatigado brazo.

El gran suceso de las dos jornadas ha sido una góndola veneciana, de dimensiones naturales, montada por ocho marineros, y arrastrada por cuatro caballos de posta. Un gran crespon cubría á su conductor.

El rey y el príncipe de Carignan asistían á estas diversiones, tomando asiento en un balcón de la *Casa-Busca*, á donde se habían encaminado por las calles escusadas.

LOUIS RENÉ.

FIESTA EN BUENOS-AYRES, EL 15 DE AGOSTO ÚLTIMO,  
por el señor marqués de Forbin-Janson.

El día del santo del emperador Napoleon III el señor marqués de Forbin-Janson, cónsul general de Francia en Buenos-Ayres, ha dado en su palacio un baile al cual fueron convidadas la colonia extranjera y las personas mas notables de la ciudad. Gracias á las disposiciones tomadas por el comandante del vapor de guerra el *Bisson*, el vasto patio del palacio del consulado habia sido transformado en un salón deslumbrante de luces, decorado de ramos y guirnalda de flores, que es-

tendiéndose en festones á lo largo de las cornisas, rodeaba graciosamente las arañas, los espejos y las estatuas, circundando el lusto del emperador.

Figuraos las paredes artísticamente tapizadas con banderas de todas las naciones, y decoradas de trofeos de armas y de alegorías! Añádase á todo esto una brillante reunión de señoras jóvenes, todas bellas y graciosas, y no tendríamos mas que una ligera idea del baile encantador ofrecido á la colonia extranjera y á la ciudad de Buenos-Ayres, por el cónsul general de Francia.

Comenzó á las diez y media, y no fué interrumpido hasta el día mas que por una suntuosa cena que hubiera podido creerse estaba preparada y servida por Chevet. En cuanto á las lindas jóvenes, abundaban en este salón parisense, improvisado como por encanto, á tres mil leguas de Paris.

La señora marquesa de Forbin-Janson, que es una encantadora Romana, recordando por sus facciones regulares y espresivas los bellos tipos de la estatuaria antigua, ha hecho los honores de esta brillante reunión, con una gracia que, como en todas partes, y muy especialmente en Buenos-Ayres, le ha conquistado todas las simpatías, encontrando sus rivales en belleza el agasajo mas distinguido y una amabilidad del mejor género.

MAC VERNOLL.

## MASSIMO D'AZEGLIO.

El nombre del señor d'Azeglio es con el de Cavour de los mas populares en Italia; novelista, pintor, publicista, soldado, hombre de Estado, ha dejado por do quier las huellas mas simpáticas de su feliz influencia, — sus dos novelas *Ettore Fieramosca*, y *Nicolo di Lapi*, son, despues de las obras maestras de Manzoni, *I Promessi Sposi*, las novelas italianas que han logrado mas popularidad; — sus cuadros llevan ese sello del culto de la verdad que es el faro artístico de todos los grandes pintores. — Todos recuerdan en Italia la profunda impresion que produjeron sus folletos políticos: *I Casi di Rimini*, — *l'Emancipazione degli Israeliti*, — *I Lutti di Lombardia*; y su reciente

baba el silencio de una casa religiosa á semejante hora. Respondí con tono severo:

— Soy Cristóbal de Beaumont, arzobispo de Paris, y vengo, como es de mi deber, lo mismo en la noche que en el día, á inspeccionar la casa de las Carmelitas.

— Monseñor!... balbuceó la tornera.

Paséla por el tornomicroz pastoral, que ella besó.

— Abrid! la dije.

Y abrió.

— Abrid la segunda reja, díjela aún.

Esto fué ejecutado. En seguida pregunté:

— No hay ya ninguna puerta entre mí y la madre superiora!

— Ninguna, respondió la pobre hermana, conmovida y trémula. Voy á enseñar el camino á monseñor.

— Conozco el camino, repliqué. Volved á vuestra celda, y dadme la llave del torno.

Entró al momento, la encerré en su portería, y volví hacia mi carroza. Hice apeaar á la religiosa, que temblaba ahora, y cuyos dientes chasqueaban uno contra otro. Entrámos; cerré la puerta de la calle, y nos quedámos en una oscuridad profunda.

— Conducidme á la capilla, la dije.

Buscó el camino á tientas. Caminábamos, por aquellos grandes corredores, sin tomarnos el trabajo de ahogar el ruido de nuestros pasos. No habia en nuestros ránkito mas que celdas cerradas por fuera: no era de temer ninguna curiosidad. Llegámos así hasta el coro, y penetrámos en él.

— Tomad vuestros hábitos de religiosa, dije á mi compañera.

Aquella obedeció y me dijo volviendo:

— Ah! monseñor, mi celda se halla cerrada por fuera como todas las demás!...

— Hácese una visita á las celdas por la noche? pregunté.

— No... La celadora se limita á dar una vuelta á la llave de las celdas.

— Y guarda ella las llaves?

— Las entrega á la madre superiora.

— Conducidme á la celda de la madre superiora.

Mi compañera se puso á temblar, y oí la ruidosa respiración de su pecho.

— He merecido mi castigo! murmuró haciendo un esfuerzo; la madre superiora será implacable!...

Yo repetí:

— Conducidme.

Y volvímos á caminar por los corredores. La celda de la superiora, situada en el centro del primer piso, nos fué anunciada por una lámpara que ardía en el umbral de la puerta.

— Quedaos aquí, dije á la religiosa, en el extremo del corredor, y esperadme.

Exhaló un profundo suspiro de alivio, y besóme el manto. Continué solo mi camino, y llamé vigorosamente á la puerta de la madre superiora.

— Quién se permite... preguntó sobresaltada.

— Yo, Cristóbal de Beaumont, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, arzobispo de Paris — Monseñor!...

Oí que se vestía á toda priesa, y la puerta fué abierta vivamente.

— Qué hay, monseñor, preguntó, que pueda motivar á esta hora de la noche, la visita de Vuestra Ilustrísima?

— Se ha visto á una de vuestras religiosas en la Ópera, hermana, la respondí.

— En la Ópera! exclamó con el rostro desencajado; — una carmelita!... es imposible!

— He recibido, esta misma noche, un parte sobre este asunto.

— Es imposible! repitió la prelada, me ofrezco por otra parte á visitar las celdas con Vuestra Ilustrísima...

— Y yo me opongo á ello, hermana, porque no tengo confianza en vos...

— Monseñor!... balbuceó retrocediendo pavorosa por la severidad de mi mirada.

— Dadme vuestras llaves, hermana, dije imperiosamente.

Ella tomó las llaves de su reclinatorio, y me las presentó inclinando la frente.

— Cuál es la de vuestra propia celda?

La superiora me la indicó con un dedo toda trémula.

— Basta, hermana, lo demás me concierne.

Sali é hice con la superiora lo que habia hecho ya con la tornera: encerréla con llave. Nos hallá-bamos dueños del convento. La religiosa me condujo á su celda, en donde la reintegré. Esta vez fui yo quien se quedó afuera, mientras que ella se despojaba de sus vestidos de hombre para revestirse el hábito que nunca habria debido quitarse. Ella me alargó el disfraz, que yo oculté bajo mi sotana.

— Ahora, dije, vengan las cartas y el retrato. Ella me entregó, llorando, cartas y retrato.

Bendíjela, mientras que ella me estrechaba las rodillas con sus brazos.





Baile dado en Buenos-Ayres por M. Forbin-Janson, cónsul de Francia, — conforme á una acuarela de M. Pallière.

opúsculo sobre la cuestion italiana no habria tenido menos éxito, si no hubiera visto la luz pública despues de *El Papa y el Congreso*. — Hombre de Estado y orador, sus adversarios mismos hicieron justicia á la claridad de sus ideas y á la rectitud de su política; — aunque noble, es el mas adicto amigo del pueblo y uno de los campeones de la independencia italiana.

Nacido en Turinen 1801, fué amigo de infancia de Giacinto Collegno el filo-helene, del general Feretti y del conde de Cavour. Pasó su juventud en recorrer la Italia entera y en estudiar por sí mismo sus desgracias. Reveló sus sentimientos patrióticos á sus compatriotas con el folleto *I Casi di Rimini*, y el movimiento italiano de 1848 le mostró que la nacion reconocia al orador de su causa. Ayudante de campo del general Durando en la defensa de Vicence, Massimo d'Azeglio fué uno de los últimos que dejaron los puestos avanzados, herido gravemente de un tiro.

Despues de la malhadada jornada de Novara, el hijo de Carlos-Alberto ascendia al trono en circunstancias difíciles. El rey Víctor-Manuel mostraba á los Italianos su firme voluntad de defender las leyes constitucionales y el honor nacional, encargando á Massimo d'Azeglio la direccion de los



Muley-Abbas, hermano del emperador de Marruecos, y general en jefe del ejército marroquí.

(Segun un croquis de nuestro corresponsal el señor Yriarte.)

negocios; su presencia en el ministerio hizo renacer la esperanza en el corazon de los Italianos. Él fué quien llamó sucesivamente á los hombres eminentes del pais á compartir con él la carga de los negocios públicos, — el señor de Cavour y el señor de la Marmora comenzaron su carrera bajo su presidencia. — Vuelto mas adelante á la vida privada, sus amigos, y los tiene numerosísimos, le encontraron dividiendo su tiempo entre su taller de Turin y su villa del Lago-Mayor. No volvió á la política sino llamado por el deseo de los pueblos de las Romanias, de ser gobernados por el que habia revelado sus desgracias. Igualmente amado por los Milanese, el rey Víctor-Manuel le ha confiado el gobierno de su grande y noble ciudad, devuelta á su nacionalidad por el generoso apoyo de la espada de la Francia y de S. M. Napoleon III.

GAETANO FERRI.

(Correspondencia particular del MUNDO ILUSTRADO.)

Tetuan, 27 de febrero de 1860.

Si la entrevista entre el general O'Donnell y Muley-Abbas no ha dado fruto como se lo decia en mi última carta, no es, segun se dice, por culpa del general ni del hermano del emperador de Marruecos. Uno y otro comprendian per-



fectamente que el azote de la guerra había ya asolado bastante al país. Se refieren en el mismo campo las nobles palabras que Muley-Abbas hubo pronunciado en el momento de separarse de O'Donnell: «Yo esperaba, dijo el guerrero moro dirigiéndose al duque de Tetuan, que nosotros, tú y yo, hubiéramos podido poner fin á esta guerra cruel, porque yo sufro al ver en las batallas caer á mis soldados bajo el fuego de tu ejército; yo sufro al ver á mi país invadido por el extranjero, y los campos que él devasta privados de cultura. Mas cualquiera que sea el porvenir que Allah y Dios nos reserven, que la guerra continúe ó que la paz se restablezca, yo me regocijaré de haber conocido á un guerrero tan valiente como tú.»

No creáis que Muley-Abbas, de quien hacemos el retrato, es un joven cuyos ardores entusiastas le desatan la lengua sin permitirle la reflexión de moderarla. El hermano del emperador de Marruecos es un hombre de cuarenta años, con la tez de mulato, como todos los hijos de Abder-Rhman; su labio inferior, bastante desarrollado, denota con el conjunto de su fisonomía una bondad simpática. Tiene la costumbre, como todos los Orientales, de acariciar con la mano su barba negra, larga pero poco poblada.

El comandante general de las fuerzas marroquíes ha sido objeto de la acogida mas simpática por parte de O'Donnell, y si estos dos guerreros no se han podido entender sobre las condiciones de la paz, es por que Mahomed-el-Ketib, ministro de negocios extranjeros del emperador, anciano lleno de inteligencia sin duda, no ha querido jamás oír hablar de la cesión de Tetuan á los Españoles.



El señor Massimo d'Azeglio, gobernador de Milan.

(Segun un retrato comunicado por el señor G. Ferri, profesor de la Escuela de Bellas-Artes de Turin.)

« Antes de suscribir, dijo, al abandono de Tetuan, la segunda ciudad de su imperio, bajo el punto de vista religioso, el emperador mi amo perderá hasta su último hombre, y todos los Marroquíes morirán por obedecer á su soberano. » A estas palabras, que rebotaban una fanática desesperación, O'Donnell respondió fríamente: « Morirán. »

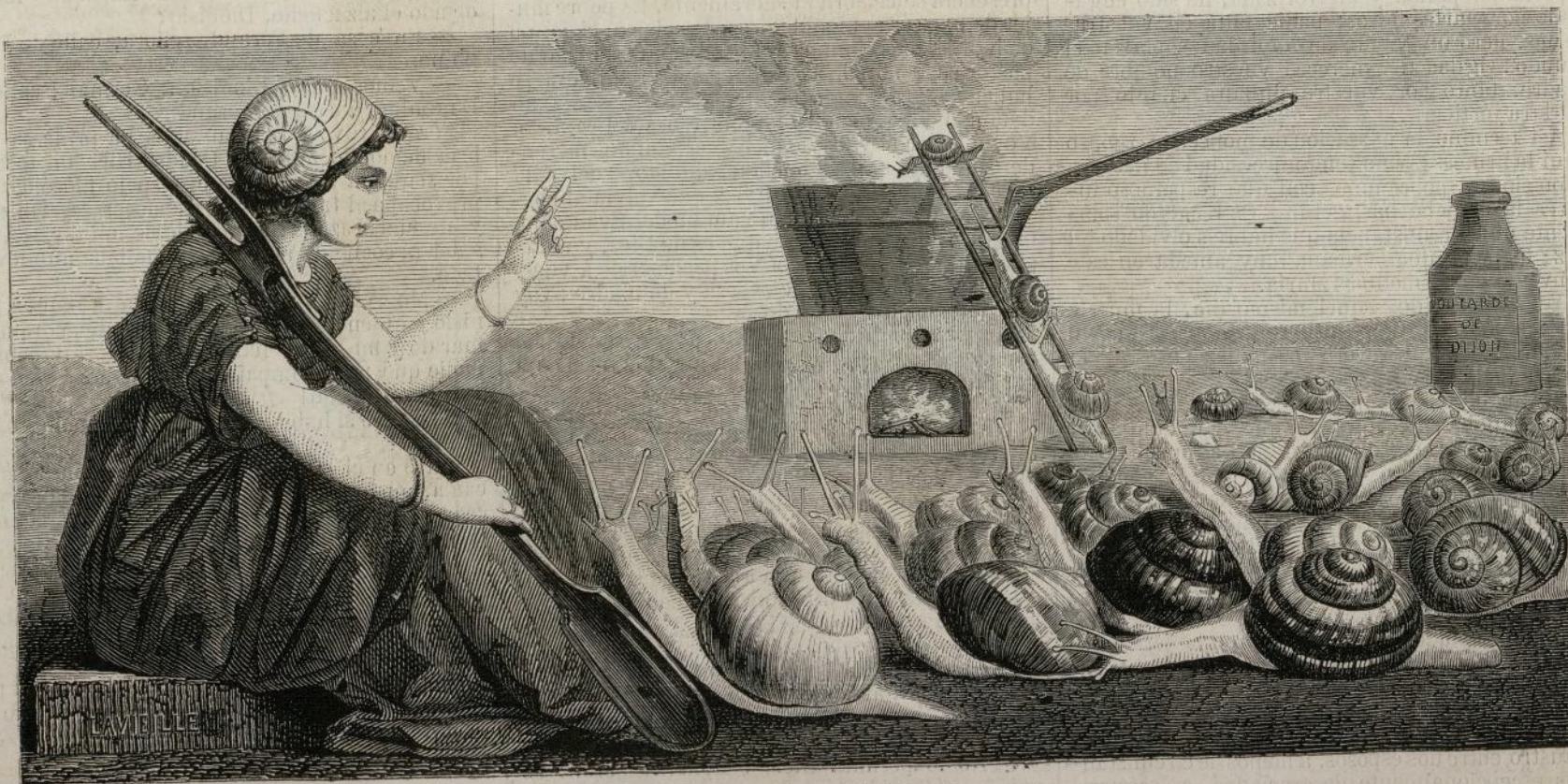
Pasada esta inútil entrevista de una hora, el duque de Tetuan se retiró, y algunos minutos después, Muley-Abbas tomó el camino de Tánger al galope de su caballo.

ger al galope de su caballo.

El ejército no tardará pues en ponerse en marcha cuando el viento se calme.

O'Donnell ha podido decir á Mahomed-el-Ketib que sabia que el ejército marroquí no contaba mas que de cuatro á cinco mil hombres; todo el mundo está persuadido, y en particular los Moros de Tetuan, de que el ejército español va á encontrar en el camino de Tánger terribles dificultades que vencer. Y es en efecto difícil hacer creer que las victorias de los Españoles hayan reducido á un guarismo insignificante un ejército que contaba ya de veinte á venticinco mil hombres de la guardia negra, *bokhari*; y las colonias militares, formadas por familias cuyos hijos varones sirven todos en línea directa, y que reciben del gobierno, además de un sueldo diario, las tierras que les son necesarias. Además, el ejército marroquí se compone del contingente de las provincias, formado por los hombres de diez y seis á sesenta años, es decir, por todos los individuos útiles. El emperador no surte á estos cuerpos mas que de pólvora y plomo, y las provincias están obligadas á suministrarles los víveres cuando atraviesan sus territorios.

Desde luego sabéis que en la batalla de Isly contaba ya veinte y cinco mil caballos la caballería marroquí, y por desastrosos que hayan sido para los Marroquíes los combates dados por los Españoles, es imposible admitir que todos los Berberiscos reclutados para la guerra santa hayan sido ya anonadados ó acobardados hasta el punto de abandonar la partida.



La Cocina, cuadro de M. Hamon.



Esperamos diariamente que las comunicaciones con España, interrumpidas por el mal tiempo, se restablezcan.

Estamos terriblemente fastidiados en Tetuan, donde no se puede salir de los muros sin exponerse al cuchillo de los moradores que frecuentan los jardines costeados por las murallas por la parte del río. Ya han sido varios soldados muertos y heridos de esta manera.

El cuerpo de ingenieros trabaja activamente para hacer practicable á la artillería rodada, que debe llevar el ejército á Tánger, el camino á esta ciudad, que ha sido inutilizado en algunos puntos.

Se han comprado en Oran unos cuatrocientos camellos destinados al transporte. Estos animales se han traído de la colonia argelina por medio de buques de vapor, y uno de estos se ha perdido días pasados con todo el cargamento de bestias.

Tres mil voluntarios vascongados han llegado al campamento inmediato á la aduana. Esperamos que este nuevo contingente, celoso de mostrarse á la altura de los voluntarios catalanes, cuya reputación está bien sentada, va á dar ante los muros de Tánger pruebas de valor que los cuerpos mas intrépidos tengan la satisfacción de aplaudir.

Por extracto : MAXIMO VAUVERT.

Tetuan, 23 de febrero de 1860, cuartel general.

Muy señor mío :

En una campaña como esta nada es normal, sea dicho esto de paso, para justificar cierto desorden que puede existir en esta correspondencia y en la remisión de los croquis. Los acontecimientos se presentan y se acumulan, obligándome á quedarme atrás, y si el lector reúne á esto los retrasos de los correos á causa de los vientos contrarios, me disculpará que no llene con él el oficio de la agencia de Havas.

Después de mi última carta, el acontecimiento importante ha sido la entrevista del general en jefe y Muley-Abbas.

Hemos salido del campo como á medio día para trasladarnos á la llanura de Osafa, donde debían encontrarse ambos generales, y al salir de la ciu-

dad, de paso por el campamento del general Prim, se ha reunido al estado mayor general un escuadrón de coraceros, y hemos tomado el camino de Tánger.

Después de una hora de marcha por senderos muy caprichosos, hemos bajado á una magnífica campiña compacta y verde, donde los pastores moros hacían pastar miserables rebaños.

La tienda del hermano del emperador se hallaba colocada á la izquierda, los esclavos, en hileras cerca de la entrada, tenían por la brida magníficos caballos. Un poco mas lejos, gravemente sentados sobre sus talones, estaban quince gefes de caballería; á la derecha, sobre una altura escogida por los Moros para componer mejor el cuadro, hallábase la escolta que me pareció muy numerosa. Fromentin no habría añadido ni habría quitado nada á esta escena que es, á decir verdad, la mas característica que he visto hasta el día.

Después de un ceremonial muy sencillo, últimamente los gefes han entrado en conferencia. Los generales se quedaron cerca de la tienda; el estado mayor general se había estacionado bastante lejos, y con él vuestro servidor. Cómo pasar, yo, sin galon en mi képi, sin caballo fogoso, sin influencia en fin, cuando los mas altos oficiales se quedaban detrás?

No puedo decirlos hasta qué punto soy intrigante. *Pasé, oi, dibujé*; para mí esto es haber vencido.

He llevado un poco lejos mi indiscreción. He oído las palabras enérgicas del general en jefe, y he visto las facciones consternadas de Muley-Abbas y de sus favoritos. El ministro solo, Mohamed-el-Ketib, respondía alguna que otra vez con una autoridad que prueba hasta qué punto posee la influencia de su soberano.

En fin, se ha pedido un plazo para ir hasta Fez á consultar al emperador. El general lo ha negado, y el almirante Bustillos ha recibido la orden de salir inmediatamente á bombardear á Larrache y Arcilla.

El parte ha dado pocos detalles sobre este hecho. Larrache ha contestado vigorosamente. Hemos perdido dos hombres y tenido ocho heridos.

mente un acto menos escandaloso pero tan malo como el abrir una brecha á esas mismas paredes para dar paso á una recoleta fugitiva. Estos dos estados se hallan sancionados por Dios, en cuya presencia se celebra el sacramento. La pobre mujer de ayer era culpable; vos, gracias al cielo, no os halláis todavía mas que enferma. Mi oficio de pastor es conducir á las ovejas al redil, ora se hallen enteramente descarriadas, ora se hayan detenido tan sólo en las márgenes del camino. Voy á hacer hoy lo que hice ayer, aunque mi sendero de hoy, que va hacia el mundo, vuelva la espalda á mi sendero de ayer, que volvía al convento. Siempre es el gran camino del Evangelio, que dice : « Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. » Vos pertenecéis á vuestras dobles funciones de esposa y de madre : voy á devolveros á vuestro deber!

Hizo, en efecto, conmigo lo que había hecho con la pobre María; condujome al salón en el cual nos hallamos, Dionisio.

El príncipe no había entrado aún; recojimos la carta en la cual me despedía de él de un modo tan imprudente; dicha carta fué quemada, — y durante mas de quince años, he sido la mas feliz de las esposas y la mas feliz de las madres...

Al acabar estas palabras, la princesa miró la péndola, la cual señalaba la una de la mañana.

— Es precisamente la hora en que se verifican estas expediciones, dijo con su encantadora sonrisa; — German?

German se presentó.

— Enganchad los caballos! díjole la princesa.

— Es que... articulé.

— Vais á oponer resistencia, Dionisio? preguntó la princesa frunciendo las cejas.

— No lo permita Dios, señora!... pero... es que...

La Princesa de Asturias y la Isabel II, fragatas, según creo, han sufrido alguna avería.

En Tetuan, la sujeción es difícil; la ciudad está perfectamente en calma, mas los Moros persisten en irse á vivir lejos; los que se han sometido son pocos, y siguen en sus ocupaciones y en su vida habitual.

En los alrededores, los Riffeños asesinan á nuestros centinelas y se emboscan para sorprender á los que se alejan mucho de los puestos avanzados.

El general Prim, acompañado de una parte de su cuerpo de ejército, se ha adelantado hasta los pueblecillos de donde se supone que salen los autores de estos crímenes. En las primeras casas han sido recibidas las tropas á tiros; era preciso hacer algunos escarmientos, y se han quemado las barracas y las casas de donde han salido los disparos.

Todo esto es de poca importancia, no es la guerra en fin, y los montañeses que vienen por la noche á hacer disparos á nuestras trincheras, no creo tengan ninguna relación con los enemigos que esperan al ejército en el camino de Tánger.

Se habla de marchar; se dice que se llegará hasta Fondack, á mitad del camino de Tánger. Allí está el campo de Muley-Abbas, campo atrinchado, si nuestros informes son ciertos. Hay, pues, allí una batalla que empeñar.

Aquí, el espíritu, ó mas bien la opinión general, es que se hará la paz. En efecto, se desprende claramente de la entrevista de Muley-Abbas y del general en jefe, que el hermano del emperador la desea; la menor concesión de las condiciones hechas á los enviados del emperador daría lugar á un tratado; mas el general en jefe es inflexible, se le ha mandado conservar á Tetuan, y nada le hará cambiar el texto de su condición, si la reina no se lo ordena.

Se hacen grandes preparativos de marcha.

En el campamento, que se ha apellidado el campo del *Hambre* (triste recuerdo!), han muerto varias mulas y otras han enfermado, y no quedando las suficientes para las necesidades del servicio, se han mandado comprar cuatrocientos camellos

Sus miradas se fijeron sobre mi traje.

— Es cierto! repuso sonriéndose, nuestras tres historias se han verificado en la Ópera solamente yo no me hallaba disfrazada... En dónde habeis dejado el alzacuello, Dionisio?

— En casa de Féraud, señora, calle de Dauphine.

— Vamos pues, Dionisio... German! calle de Dauphine, á casa de Féraud.

Féraud tuvo que levantarse. La princesa habría demolido antes su tienda! Hice mi tocador por segunda vez delante del espejo filosófico que provocaba al transeúnte á reconocerse á sí mismo, y, desembarazado de mi traje de militar, volví á subir al coche. El arzobispo se hallaba aun levantado.

— Monseñor, le dijo la princesa, hé aquí á Dionisio á quien he pervertido esta noche, porque mi marido y mi hijo se hallan ausentes... no tenía á nadie que me acompañara... Conversa bien este pobre muchacho!

Dios sabe si había yo conversado mucho con la princesa!

Entré en el gabinete, en donde se hallaba mi cama, con una sensación deliciosa. Me causó placer el ver aun el mismo manuscrito de las *Instrucciones pastorales*. Mientras que me metía en el lecho oí por la puerta entreabierta á la princesa que decía :

— Tiene un excelente corazón, pero una cabeza algo exaltada... Monseñor sabe lo que necesita un carácter semejante!

Copié los cuatro volúmenes en folio con su antigua ortografía, y, con la ayuda de Dios, no he vuelto nunca á la Ópera.

PAUL FÉVAL.



á Oran. Una brigada de camelleros indígenas los acompaña. Estas caballerías originales dan mayor interés al carácter del ejército, que es de lo mas pintoresco del mundo, sobre todo, despues de tres meses de campaña.

Tengo muchas cosas que decir sobre los inmensos trabajos emprendidos para cambiar el aspecto de la ciudad: la gendarmería, los alcaldes, los serenos, la administración de correos, un periódico, *El Eco de Tetuan*, el camino de hierro, el telégrafo eléctrico; Tetuan, de todo esto, no tiene nada que envidiar á la Europa civilizada. Ya, veis que España se apresura á importar aquí todos los recursos de que un pueblo inteligente debe disponer. Nada se ha olvidado. Se ha comenzado por ventilar y limpiar la ciudad, y estos cuidados puramente higiénicos, no han impedido á la administración el pensar en las cosas del espíritu. El poeta Alarcon, uno de los grandes nombres de la España literaria, ha inaugurado la prensa en el imperio de Marruecos. Esta es una fecha de que es preciso acordarse, porque este hecho tiene una importancia para todos los países de la Europa.

Por mi parte, y á pesar de todo, persisto siempre en mi opinion, me gustaba la ciudad con sus calles estrechas, sus arcos repitiéndose en una perspectiva indefinida; gustábanme esos viejos bazares de madera, en que los Moros, sentados en sus casuchas estrechas, recibían con negligencia á sus clientes; deleitábanme esas fuentes caprichosas, colocadas á las puertas de las mezquitas obstruyendo la vía pública. Los ingenieros van á poner en orden todo esto. Yo habia venido al Oriente, y despues de haberle entrevistado, cierro un instante los ojos, y al abrirlos, encuentro calles de Rívoli derechas y frias, que tienen el defecto de llevaros, sin descarriaros un paso, al punto adonde deseais ir.

Civilizacion, hé aquí una de las tuyas! de aquí, á diez años se buscara en vano el Haik (jaïque) flotante y la Gandourah en toda la ciudad santa.

Adios, amigo mio, mi carta es larga y no os lo he dicho todo; espero poder escribiros otra sobre Tetuan antes de tomar el camino de Tánger, si la paz no se firma aquí.

Recibid, etc.

C. IRIARTE.

#### LA COCINA.

(Cuadro de M. Luis Hamon.)

*Ave, ancilla, te morituri salutant!*

Pariodiando la frase de los gladiadores romanos que saludaban á César antes de morir, los caracoles se inclinan ante la cocinera, y despues van á precipitarse orgullosamente, con la cabeza erguida, á la olla fatal.

M. Luis Hamon ha podido cautivar la opinion pública con sus hermosas obras que revelan los estudios mas asiduos. En este cuadro, enteramente fantástico, el jóven maestro se ha coroplado en ostentar todas sus calidades: la gracia en su composicion, lo correcto en su dibujo, y sobre todo, en sus ropajes admirablemente dispuestos, y la finura de los tonos en su obra.

La reproduccion de este lienzo, retocado con tanta habilidad, está destinada á un grande éxito.

LEO DE BERNARD.

#### CRÓNICA DE LOS TRIBUNALES.

Tenemos que arreglar una cuenta pendiente de la semana anterior.

En primer lugar, el proceso de la familia de Rohan contra M. Fenis de Tourondel. Este señor

Fenis, era un excelente jóven de familia noble, y de un nombre bastante honorable, así es de creer por lo menos, para que debiera contentarse con él, mas parece que si el título de noble es envidiable para el plebeyo, el de príncipe no lo es menos para el noble: M. de Tourondel estaba en ascuas por *aprincesarse*, y no pudiendo hacerlo sin unirse á una familia que se hallase en posesion incontestable del título que él queria apropiarse, imaginó decir que estaba ligado á los Rohan y se intituló el dia menos pensado príncipe de Rohan-Fenis. Esto era una torpeza: es cierto que las ramas de Rohan son numerosísimas; pero sus diversos nombres son perfectamente conocidos. Todo el mundo sabe lo que quiere decir Rohan-Rohan, Rohan-Poulduc, Rohan-Soubise, Rohan-Géménée, Rohan-Gié, Rohan-Chabot, Rohan-Rochefort; pero Rohan-Fenis no suena con tanta familiaridad al oido, sobre todo, al oido de otro Rohan. Así que, esta casa se ha irritado y arrancado judicialmente al hijo de M. Fenis de Tourondel, — pues el usurpador murió antes del proceso, — la corona de príncipe que su padre le habia legado imprudentemente.

Acabamos de ver defender á los príncipes su nobleza, hé aquí ahora un plebeyo que defiende su estado de pechero. Esto es mejor, segun me parece.

M. Aubertot, negociante honrado, cuyo nombre ha sido popular en la industria del hierro, dejó, al morir, á sus dos hijos, MM. Gustave y Théophile Aubertot, el dominio de Coulanges. M. Théophile, si bien el dominio ú heredad de Coulanges pertenece hoy esclusivamente á su hermano, ha inventado añadir el nombre de la heredad á su nombre patronímico y hacerse llamar M. Aubertot de Coulanges.

Quel abus de quitter le vrai nom de ses pères,  
Pour en vouloir prendre un bati sur des chimères,

dice Molière en boca de uno de los personajes que representan en sus comedias la razon y el sentido comun.

Gustavo Aubertot es de la opinion de Molière, y temiendo el ridículo que podia hacer recaer sobre él la pretension nobiliaria de su hermano, le intima que suprima la calificación con la cual este último acompañaba á su nombre de familia. Un proceso ha surgido, sucumbiendo Gustavo Aubertot; el tribunal no ha creído admisible su demanda; pero el ministerio público se ha reservado el perseguir á Théophile en el caso en que no justificase hallarse autorizado para llevar el nombre de Coulanges, y no cabe duda en que de este modo se dé satisfaccion á las legítimas susceptibilidades de Gustavo Aubertot.

El valiente general Beuret, que recibió la muerte en el campo de batalla, al atacar al pueblo de Montebello, ha legado á sus herederos un nombre que, si bien no se halla acompañado de un título ni de una partícula, no será menos ilustre ni menos respetado. Porqué viene uno de sus herederos á agitar al rededor de su tumba, apenas cerrada, tristes cuestiones de interés! Sin embargo, no es de sentirse esto; pues el proceso al cual hago alusion ha puesto en claro toda la nobleza de alma del valiente soldado, probando que en él los sentimientos del corazón; la delicadeza, la sensibilidad, y el desinterés se hallaban á la altura de sus cualidades militares.

Un hermano suyo, médico principal del ejército, tenia un hijo natural; habia muerto sin haber tenido tiempo de arreglar sus negocios, de regularizar, segun era su intencion, el estado y la fortuna de este hijo. El general Beuret, heredero de la mitad de la fortuna de su hermano, no quiso considerar la herencia fraterna, sino como un deposito; así lo declaró en una carta muy tierna de la cual se ha dado lectura, y en la cual anuncia su positiva intencion de entregarla al pobre huér-

fano cuando hubiese llegado á su mayor edad. Esta porcion de la herencia era lo que algunos de los colaterales querian disputar hoy á éste. Su demanda ha sido desechada, y, gracias á Dios! la última voluntad, la piadosa liberalidad del general será respetada.

Concluyo pagando una deuda.

« A mi anónima corresponsal de Lyon :

» Ha deseado V., señorita, que fuese su intérprete cerca de Lablanche; me ha confiado V. el encargo de manifestar al pobre electrizador, al que se ha dado el nombre de mártir de la ciencia, una muestra de su simpatía. He ido á visitarle á su modesto aposento, he querido informarme yo tambien de sus disgracias, palpar por mí mismo esa pobreza soportada con tanta resignacion, esa existencia puesta á prueba tan cruelmente. Lejos de exajerar, no se habia dicho todo: la vispera del dia en que él caia aterrado, su padre, víctima de un mal terrible entre todos los terribles, de la rabia que le habia inculcado la mordedura de un perro, terminaba de un pistoletazo sus angustias y su vida. Quedándose solo en el mundo, Lablanche se ha refugiado en el estudio; por éste y para éste vive aún. He visto, he admirado el aparato que él ha inventado, es una verdadera maravilla. Todos los fenómenos eléctricos se producen en él, continuos, arreglados, moderados, graduados á voluntad del experimentador. He preguntado á Lablanche porqué no llamaba hácia su invencion la atencion de las Academias de sabios. — Oh! caballero, me respondió, sería preciso apartarme de mi máquina, abandonarla, entre tanto que se estiende un dictámen que puede tardar en venir; pues esos señores se hallan siempre muy ocupados, y de aquí á entonces de qué modo ganaria yo mi pan?

« Qué decir á esto? Nada.

» Qué hacer? Lo que ya he hecho yo. Tratar de conmover en favor de este desgraciado los buenos corazones como el vuestro. Implorar la caridad de los maestros de la ciencia, de todos los que tienen autoridad para señalar el mérito, para conceder la celebridad y la fortuna. Que visiten al pobre mutilado, que le consagren algunos minutos de su tiempo, y no perderán este tiempo, aun cuando no les quedase mas que la conciencia de haber ejecutado una buena accion, de haber aliviado un infortunio, y la felicidad — que V. Señorita, puede apreciar y sentir mejor que nadie — de tener parte en las oraciones y bendiciones de este excelente hombre.

« PETIT-JEAN. »

#### EL CAMPO-SANTO DE PISA.

Decoracion del tercer acto de la ópera intitulada: *Pedro de Médicis*.

La decoracion que, en el tercer acto de *Pedro de Médicis*, representa la vista del Campo-Santo de Pisa es uno de los lienzos mas maravillosos que se han mostrado en la Ópera. Su perspectiva es milagrosa; en cuanto á su colorido, es el de la luz de la luna, y este efecto se completa con un rayo de luz eléctrica tamizada al través de transparentes de azul claro.

Vése tambien en el fondo del cuadro la célebre torre inclinada de Pisa. Nos causa sorpresa sin embargo que se la haya dado una inclinacion tan considerable. En tiempo de los Médicis no habia llegado ciertamente á un ángulo tan exagerado.

Esta decoracion sirve para la escena en que Julian ámotina contra el gobierno del duque Pedro á los ciudadanos de la ciudad de Pisa. Nuestro grabado representa á los conjurados en el momento en que van á agruparse, con las armas en la mano, al rededor de Julian.

ALBERTO DE LASALLE.





GUERRA DE MARRUECOS. — Convoy de arrieros españoles

## CRÓNICA MUSICAL.

TEATRO DE LA ÓPERA: *Pedro de Médicis*, ópera en cuatro actos, de los señores de Saint-Georges y Emilien Pacini, música del príncipe José Poniatowski.

Nada se ha omitido para obtener un buen éxito en esta nueva ópera. Los encargados de la decoración se han escedido á sí mismos, pintando todo un museo de lienzos espléndidos; los maquinistas han creado cosas nuevas, cuando se creía que este arte de la fantasmagoría escénica había agotado ya todos sus recursos; los maestros del arte coreográfico han hecho también grandes esfuerzos de imaginación para encontrar pasos que no han sido bailados jamás; los guarda-ropas, los armeros, han cosido y perfeccionado á porfía trajes maravillosos, cotas magníficas, brillantes corazas; los autores... ah! este ya es otro negocio, en cuanto á los autores, se han quedado muy inferiores á todas esas magnificencias. Por lo demás, no hay que hacerse la ilusión de que las obras maestras verdaderamente dignas de este nombre aparezcan mas de una vez en quince años, — estadística que es una verdad desoladora, — y no debe hacerse el encargo de ellas á los poetas y á los músicos como se encarga ó pide una decoración á M. Cambon.

Dos han sido los autores encargados de inventar y de versificar el libreto de *Pedro de Médicis*. Eran dos, — comprenden ustedes? — y sus esfuerzos combinados no han sabido producir mas que una historieta elemental, cuando se les pedía un drama armado de todas sus peripecias. Lo que esos señores nos cuentan, empleando en ello tres horas, es una cosa que puede decirse en cinco minutos... sin darse mucha prisa.

Véanlo ustedes y se convencerán:

La condesa Laura Salviati, sobrina de Fray Antonio, grande inquisidor de Toscana, es amada á la vez por Pedro de Médicis y por su hermano el príncipe Julian. Pero el amor de este último es sólo el favorecido: Laura se muestra sorda á los ruegos como á las amenazas del padre Antonio, quien había soñado ya con el engrandecimiento de su poder, y como consecuencia de esto, el triunfo de la inquisición, por medio del casamiento de su sobrina con el duque Pedro.

Mas qué hace entonces Julian?... Verifica el raptó de la condesa, pues su hermano, que es al mismo tiempo su rival, no le permitirá nunca casarse con ella. Pedro y Fr. Antonio no tardan mucho tiempo en hallar la huella de los fugitivos, el uno conducido por su amor, y el otro por su ambición. Laura, á quien ellos han sabido descubrir en la cabaña de un pescador, en donde la había depositado su amante mientras que llegaba la noche, vese instada por ellos á decidirse y optar entre la corona de Toscana ó el cláustro. El cláustro fué lo que ella eligió.

Julian excita á la rebelión al pueblo de Pisa, cuyo gobierno le habían confiado para alejarle de la corte de Florencia, y puesto á la cabeza de una banda de conjurados, violenta las puertas del convento en el cual Antonio tiene á su novia prisionera. Pero llega ya demasiado tarde... Laura acaba de pronunciar sus votos.

En cuanto á Pedro, muere de la herida que recibió combatiendo contra el ejército de su hermano.

En resumen, Antonio es quien triunfa, Antonio, entregado durante cuatro actos á la indignación del espectador. En nuestro juicio, los autores habrían estado mejor inspirados dando el triunfo á su ambición, en vez de favorecer su venganza. Por lo demás, nada era mas fácil. Muerto Pedro, su hermano heredaba la corona, y haciéndole llegar al convento algunos minutos antes, era aun tiempo para él de casarse con la sobrina del grande inquisidor. Esto no podría menos de haber lisonjeado á Fr. Antonio, y al público también.

Con propósito deliberado, la pintura de *Pedro de Médicis* está escrita á la manera italiana: es decir, que está instrumentada mas bien con el fin de obtener la sonoridad que la variedad de los timbres; que lo interesante y lo imprevisto de las combinaciones armónicas no entran apenas por nada en ella, y finalmente, que la parte atribuida al canto es muy superior en importancia á la que ha sido reservada á la orquesta.

Lo que principalmente se ha criticado á esta música es la falta de invención y la monotonía. Estos dos defectos, entre paréntesis, están disfrazados bajo ciertos nombres muy joviales en el lenguaje de la benevolencia estremada y torpe:

la falta de invención se llama « respeto á la tradición, » y la monotonía recibe el nombre de « unidad en el estilo. »

Pero esto no quiere decir que la obra del señor Poniatowski sea enteramente condenable: y aun algunos trozos brillan, si no por la originalidad, á lo menos, por la habilidad con que están adaptados á las voces y á la escena. Así, preciso es citar el conjunto, el coro de las mujeres, la cavatina del primer acto, y el trío de la cabaña del pescador, que contiene una frase melódica de grande efecto; Obin fué obligado á repetirla. El último acto se abre por una tarantela llena de atractivo, pero que no ha sido bastante notada. En cuanto á la escena de la *profesión religiosa*, que termina la obra, ha parecido algo larga; sin embargo, se halla tratada con habilidad y con pleno conocimiento del asunto. Lo que nos gusta mucho menos es el dúo entre Bonnehée y M<sup>me</sup> Gueymard, dúo

que carece de pasión, y las arias del baileto, desprovistas de vivacidad.

Obin ha estado inmejorable bajo la capucha de Fr. Antonio, habiéndose aplaudido tanto en él al cómico como al cantante. M<sup>me</sup> Gueymard, ha merecido también muchos elogios por la manera llena de ardimiento dramático como ha desempeñado ó creado el papel de Laura; Bonnehée ha tenido algunos momentos felices en el de Julian. Por lo que hace á Gueymard, encargado de representar á Pedro de Médicis, no ha dado riendas á toda su voz: será que está indispuerto, ó se habrá abstenido con marcada intención?

El baile ha librado muy bien, adjudicándosele una buena parte en la ópera del señor Poniatowski, cuyo segundo acto es todo él un baileto íntegro. M<sup>me</sup> Ferraris ha hecho verdaderos esfuerzos sobrehumanos. Los gemelos han asestado también sus miradas al lado de aquella artista, hacia la señorita Fiocre, nueva, desconocida y graciosa bailarina, la cual se ha hecho ya un principio de reputación, creando el papel de Cupido, con una desenvoltura y un donaire adorables. En cuanto á M. Coralli, se ha arreglado una cabeza de fauno enamorado de un grotesco indefinible.

Como lo hemos dicho ya, las decoraciones y el juego escénico han sido brillantes: entre las primeras, debemos citar la del segundo acto, que representa el jardín del palacio ducal, y la vista del Campo-Santo de Pisa, alumbrado por luz eléctrica. La iglesia del convento, resplandeciente toda ella de dorados magníficos, de frescos y mosaicos, y un lindo retrete, estilo del renacimiento, que hace honor á los conocimientos arqueológicos de los decoradores.

Hase admirado mucho también una fuente de agua natural y el súbito incendio de un jardín, por medio de mecheros de gas multiplicados al infinito. Este efecto es nuevo, sorprendente en extremo y felicísimo.

ALBERT DE LASALLE.